

Selección TERROR

ENTRE EL MIEDO Y EL HORROR

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

ENTRE EL MIEDO Y EL HORROR

Colección SELECCION TERROR n.° 464
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

459 — Viajando con el diablo. *Clark Carrados.*
460 — Hollywood, Horror show, *Donald Curtis.*
461 — Soy yo, la muerte. *Ada Coretti.*
462 — El enigma de la mansión Stanrhode. *Clark Carrados.*
463 — El espíritu de la zíngara, *Ralph Barby.*

ISBN 84-02-02506 4 Depósito legal: 8. 35.941-2981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero. 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréts del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Despertó tras un agitado sueño, durante el cual había sufrido innumerables pesadillas. Lya Dumbarton se notó débil, agotada, casi incapaz de moverse y, desde luego, sin comprender en modo alguno lo que le sucedía.

Al cabo de unos minutos, hizo un gran esfuerzo y se puso en pie. Notó que estaba más delgada. O quizá era una ilusión suya. Tenía el cuerpo todavía húmedo de sudor. No sabía qué había podido ocurrirle; la víspera había cenado más bien sobriamente, de modo que no podía achacar su malestar a una digestión pesada.

—Un trago me hará bien —murmuró, mientras se ponía una bata sobre el camisón.

Torpemente, metió los pies en unas zapatillas y abandonó el dormitorio. En la sala estaban los licores. Destapó el frasco del whisky, se sirvió una generosa ración y la despachó de un trago.

El alcohol le calentó el estómago y su calorcillo pasó a las venas. Un tanto mejorada. Lya Dumbarton decidió meterse en el baño.

Para ello debía pasar nuevamente por el dormitorio. De repente, al cruzar por delante del armario ropero, que era exteriormente todo espejos, vio a una desconocida.

—Buenos días —saludó maquinalmente.

Dio dos pasos más, se detuvo y retrocedió, contemplando la imagen que había en el espejo de cuerpo entero.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, rígida, convertida en una estatua, en la que ni siquiera se advertían los naturales movimientos de la respiración. Luego, levantó la mano derecha y se tocó la mejilla.

La mujer que estaba frente a ella levantó la mano y se tocó la mejilla.

Lya parpadeó. La otra también parpadeó.

Torció la boca, arrugó la nariz, sacó la lengua... La otra imitaba exactamente cada uno de sus gestos, cada uno de sus ademanes... El camisón era también de color malva y la bata de encajes blancos y azul celeste.

Pero el rostro era el de una vieja de más de setenta años, seco, arrugado, y los cabellos, lacios y greñudos, tenían un color gris nada agradable. Los pechos colgaban fláccidamente y hasta tenía arrugas en las manos, además de las de la cara. Y podía ver las arrugas de las manos sin necesidad de mirar al espejo.

Entonces comprendió lo que le sucedía y lanzó un desgarrador alarido. Gritó, gritó como una fiera herida mortal- mente; enloquecida por el miedo de saberse repentinamente envejecida, más de cuarenta

años en una sola noche, retrocedió, sin dejar de chillar.

El balcón de su casa estaba abierto y ella siguió andando hacia atrás, tratando de alejarse de la horrible imagen que veía en el espejo. Cuando chocó contra la barandilla de hierro, lo hizo con demasiada fuerza y volteó.

El apartamento no era demasiado alto. Estaba en un segundo piso, pero cayó en mala postura y su cráneo se cascó como si fuese un huevo.

* * *

Víctor Colman arrugó la nariz cuando percibió olor a formol y otras drogas. Acompañado del policía uniformado que había ido a buscarle a su casa, entró en la «morgue». Un hombre vestido de paisano salió a su encuentro. —¿Señor Colman?

—Sí.

—Soy Harmel, sargento detective —se presentó el hombre—. Lamento molestarle, pero no hemos tenido otro remedio que hacerlo.

—Se me ha dicho que debo identificar a una persona muerta, aunque no me han dado más detalles —respondió Colman—. ¿Puedo saber de quién se trata, sargento?

—Un momento, por favor —dijo Harmel—. Prefiero que la vea antes de dar su contestación. Sé que no es un trance agradable, y le pido que nos disculpe, pero debemos hacerlo. Le ruego su comprensión, señor Colman.

—Desde luego, no se preocupe.

—Venga por aquí —indicó el policía.

Harmel le llevó a lo largo de una fila de armarios metálicos, cerrados. Un empleado esperaba casi al final de la sala y tiró de uno de los armarios cuando el sargento le hizo una breve seña con la mano.

Entonces, Colman vio un bulto humano cubierto con una tela blanca. El empleado la apartó, a fin de dejar el rostro al descubierto.

Colman frunció el ceño.

—¿Qué significa esto, sargento? ¡No conozco a esta mujer! —exclamó.

—¿De veras? —dijo Harmel—. Entonces, ¿cómo explica que su nombre figurase en una agenda que encontramos en su casa, después de que nos informasen de su muerte? ¿Cómo explica, además, que haya algunas cartas escritas por usted y hasta algunas fotografías?

—Pero, ¿quién diablos es? —preguntó Colman, impaciente.

—Hemos comprobado las huellas dactilares, así que no existe la menor duda. Se llamaba Lya Dumbarton.
—¡Imposible, sargento!
—¿De veras, señor Colman?
El joven se irguió.
—Conocía muy bien a Lya Dumbarton. Es más. fuimos... amigos durante una temporada. La vi no hace todavía un par de meses y era una mujer realmente hermosa, rebosante de salud.. Ese cadáver en modo alguno puede ser el de Lya Dumbarton, sargento —aseguró Colman enfáticamente.
—Lo siento, pero es ella —insistió Harmel. Hizo una señal con la mano y la sábana cayó de nuevo sobre el rostro arrugado y los cabellos grises. El armario se deslizó silenciosamente hacia el interior del frigorífico.
—Estoy desconcertado —confesó Colman, mientras abandonaban él tétrico recinto—. Sé que debo creerle a usted y hasta he visto en el rostro de esa mujer rasgos muy semejantes a los de Lya Dumbarton... Pero, si es ella, ¿cómo explica que tenga el aspecto de una mujer de más de setenta años?
—Eso es lo que a nosotros nos gustaría también saber —dijo Harmel, mientras sacaba su pipa y se disponía a atacarla—. ¿Le importa que hablemos mientras le llevo de vuelta a su casa, señor Colman?
—En modo alguno. Es más, me interesa profundamente saber qué ha pasado, sargento.
Harmel encendió su pipa cuando ya estaban en el coche.
—Los vecinos la oyeron chillar horriblemente —dijo—. Luego vieron que caía a la calle. Hemos examinado el apartamento a fondo, pero no hemos encontrado rastro de otra persona.
—Salvo la agenda con mi dirección y las cartas...
—Su nombre no era el único en esa agenda y había muchas otras cartas, de hombres y mujeres, indistintamente. De todas formas, hemos comprobado que usted no se hallaba en el apartamento de la señora Dumbarton en el momento de su muerte.
—Hacia, por lo menos, un mes que no la veía —insistió Colman.
—En su cuerpo no se aprecian más señales de violencia que las resultantes de la caída. No parece que fuese atacada; más bien creemos que cayó accidentalmente.
—Pero ¿cómo puede ser eso? Ella vivía en un segundo piso.
—Cayó de cabeza y el suelo es duro. Fractura de cráneo —dijo Harmel, fumando la pipa pensativamente.
—Es horrible —murmuró Colman—. Tenía un genio bastante vivo y por eso rompimos. Pero era joven, bella, exultante de vida, rica... Aunque le gustaba beber y a veces se pasaba, no sé que tomase

drogas. El suicidio se me antoja inexplicable.
—A menos que lo hiciese por verse repentinamente tan vieja, señor Colman.
—Sargento, los envejecimientos súbitos sólo se ven en las películas fantásticas y de terror. Ella no había cumplido aún los treinta años. ¿No será alguna pariente suya?
—¿Qué me dice de las huellas dactilares?
Colman apretó los labios.
—Supongo que no cambian con los años —dijo.
—Las tenemos del nacimiento a la muerte —respondió Harmel flemáticamente.
—Eso prueba que es ella, aunque sin embargo, no explica su aspecto. ¿Tiene usted alguna teoría al respecto, sargento?
Harmel soltó una amarga risita.
—Ya me gustaría, no crea —dijo.

* * *

Transcurrió un mes y Colman empezó a olvidar a Lya Dumbarton, su muerte misteriosa y su incomprensible envejecimiento. Cierto día, cuando viajaba en su coche, conoció a una encantadora dama, a la que encontró parada en la carretera a causa de una avería en el coche.
Colman, galante, se detuvo, encontró el desperfecto, que era sólo un cable roto, cuyo empalme le resultó muy fácil, y luego recibió las muestras de gratitud de la dama en cuestión.
Ella resultó ser Eunice Boxton y era muy guapa. Eunice y Colman acordaron verse otro día.
Cenaron juntos y luego fueron a tomar una copa al apartamento de ella. Después sucedió lo inevitable.
El romance, sin embargo, no se prolongó demasiado. Eunice era divorciada y tenía ganas de casarse de nuevo. Colman, por el momento, no sentía el menor deseo de encadenarse. Entonces, le salió una magnífica ocasión, por un viaje de negocios que tenía que hacer, y se sacudió el polvo de Londres de los pies durante una temporada.
En realidad, otro podía haber hecho tal viaje, pero, dadas las circunstancias, decidió que sería él quien se ausentase durante algún tiempo. A su regreso, no llamó a Eunice ni ella le llamó a él.
Dos días después, se puso en contacto con el sargento Harmel.
—No, señor —contestó el policía—. Todavía no sabemos nada sobre ese asunto.

—¿Puedo saber qué dijo el médico forense, sargento? Si no tiene inconveniente, por supuesto.

—Claro que no. El forense encontró cosas muy raras en el cuerpo de la señora Dumbarton. Las arrugas tenían un origen quirúrgico. Había claras señales de depauperación, como si la hubiesen sometido a una dieta de hambre, lo cual le había hecho perder unos quince kilos respecto a su peso habitual. El color gris del pelo se debía al tinte, desde luego. Por tanto, suponemos que el proceso de envejecimiento fue artificial.

—Artificial —resopló Colman.

—En efecto. No obstante, ignoramos quién lo hizo y, lo que es aún más importante, cuáles fueron los motivos de esa odiosa operación que, según los cálculos del forense, debió de durar alrededor de cuatro semanas. Hemos investigado y, efectivamente, la señora Dumbarton estuvo ausente de su casa durante ese tiempo.

—Lya tenía bastante dinero —dijo el joven—. ¿Han investigado el estado de sus finanzas?

—Si, con resultados muy notables. Sus cuentas están prácticamente a cero y las acciones y otros valores que poseía fueron convertidos en dinero. Por orden suya, naturalmente. Pero ese dinero voló...

—¿Adónde?

—Ah, si lo supiera —dijo Harmel, recurriendo de nuevo a su frase favorita—. El caso es que alguien se encontró, en cuatro semanas, con la bonita cantidad de doscientas mil libras esterlinas. Y esa pobre mujer... Para mi es que se vio repentinamente vieja y se tiró por el balcón a la calle.

Colman asintió.

—Es posible que sea cierto admitió- Debió de representar un fortísimo shock para ella verse repentinamente con cuarenta años encima y... Pero si la operación tardó un mes, ¿cómo no se dio cuenta de lo que hacían con ella?

—Tuvo que hallarse sometida a un estado continuo de hipnosis, mediante drogas, naturalmente. Es la única explicación que se me ocurre.

—Sargento, ¿no le parece demasiado trabajo y demasiadas complicaciones para apoderarse de doscientas mil libras?

Harmel soltó una risita.

—La gente es cada vez más rara hoy día —filosofó—. Pero, por otra parte, doscientas mil libras por un mes de trabajo es un bonito salario —añadió, ahora cínicamente.

Colman asintió y colgó el teléfono, porque, desgraciadamente, ya no podía hacer nada por la infortunada Lya. Y. en aquel momento, su sirvienta, la señora Gable, Nancy de nombre, le anunció una visita.

CAPITULO II

La visitante era una muchacha de poco más de veinte años, alta, delgada, muy esbelta y de cabellos castaños cortos y bien cuidados. Vestía con elegante discreción y la mirada experimentada de Colman apreció en el acto el indudable alto costo de la indumentaria de la que se había presentado como Auda Tewell.

—Su apellido me suena, señorita —dijo él, después de ofrecerle una silla—. ¿En qué puedo servirle?

—Hace algún tiempo, unos tres años, usted estuvo encargado de los asuntos de mi padre, David Forrester Tewell —contestó ella.

—Ah. sí, lo recuerdo. Dispense, pero fue muy poco tiempo y, además, yo estaba entonces en otra firma de abogados, actualmente desaparecida.

—En efecto, era la oficina de Huggins e Hijo. El padre murió y el hijo decidió dedicarse a otros asuntos, por lo que cerró el bufete. He intentado localizarle, pero me han dicho que lleva seis meses en Australia y que tardará por lo menos otro tanto en regresar a Inglaterra. Por eso me decidí a verle a usted.

—Agradezco el buen concepto que tiene de mi competencia profesional, pero me temo que no voy a serle de mucha utilidad —manifestó el joven—. Actualmente, realizo otra clase de trabajos... aunque si tiene algún problema y quiere exponérmelo, puedo recomendarle a alguien que quizá esté en condiciones de ayudarla.

—Gracias —dijo Auda—. La verdad es que no sé cómo empezar...

Colman sonrió.

—Por el principio, sin temor alguno y con la seguridad de mi discreción —respondió—. Dígame, ¿de qué se trata?

—Mi padre ha desaparecido hace algunos meses, cinco o seis, no puedo precisarlo, porque yo estaba fuera del país y cuando volví, él ya no se hallaba en casa. Esperó algún tiempo y, en vista de la falta de noticias, decidí acudir a la Poli cía. Pero no pudieron darme la menor información acerca de su paradero.

—Si la Policía no ha podido encontrar a su padre, no veo qué puedo hacer yo...

—Aguarde —rogó la muchacha—. En cuestión de personas desaparecidas y cuando no se sospecha o hay graves evidencias de un crimen, la Policía suele actuar de un modo rutinario. Por eso he venido a verle a usted.

—Lo que dice es cierto, señorita Tewell —repuso Colman—. Pero si espera de mi un especie de milagro, tendré que decirle que se ha equivocado. No obstante, la escucharé hasta el fin, caso de que tenga que decirme algo más sobre el asunto.

—Sí —respondió Auda—. ¿Le suena a usted el nombre de

Hegstrom? Tuvo que leerlo en más de una ocasión en los documentos que se referían a mi padre, cuando usted llevaba sus asuntos.

—Francamente, me suena, aunque de un modo muy vago, tenía otros muchos clientes en aquella época —dijo él—. ¿Quién es Hegstrom?

—Un notable investigador científico, parte de cuyos trabajos sufragaba mi padre. Sé que hace seis meses, se relacionaban todavía, pero después, no sólo he vuelto a perder la pista de mi padre, sino también la de Hegstrom. Sinceramente, encuentro muy extraño que los dos hayan desaparecido al mismo tiempo y eso es lo que me tiene tan preocupada.

—Sí, debe de resultar preocupante —convino Colman—. ¿Conoce usted a Hegstrom? Porque, me imagino, de su padre tendrá usted alguna fotografía. En cambio, de Hegstrom...

—No lo he visto en mi vida ni sé qué aspecto tiene —declaró Auda —. Lo poco que se es por las conversaciones que sostenía con mi padre, que era quien mencionaba su nombre. Pero si ahora lo tuviese delante y no me dijesen su nombre, no sabría decir que es Hegstrom.

—Este va a resultar un asunto bastante difícil, señorita. ¿Sabe usted a qué se dedicaba Hegstrom?

—Tampoco. Mi padre no quiso ser demasiado explícito al respecto. Sólo me dijo que Hegstrom estaba tras la pista de un descubrimiento que revolucionaria la ciencia.

Colman sonrió.

—¿Qué ciencia? ¿La de la medicina? ¿La física? ¿La química? ¿No recuerda alguna frase en particular que pueda darnos una pista mínima sobre el caso?

—Eso es todo lo que sé —suspiró Auda—. Lo peor de todo es que mi padre estaba tirando el dinero a manos llenas en esas investigaciones y que, cuando desapareció, había invertido ya prácticamente todo su capital. He investigado sus cuentas y apenas si quedan unas veinte mil libras.

—De todos modos, no está mal —dijo el joven.

—Está muy mal, porque mi padre tenía una fortuna veinte veces superior —contestó Auda, indignada—. ¿Quiere que le diga lo que pienso? Sospecho que Hegstrom es un embaucador y que lo único que quiere, o quería, mejor dicho, era desplumar a los Tewell. Lo ha conseguido, ciertamente... y por dicha razón sospecho que mi padre ha sido asesinado.

—Para ocultar la estafa.

Ella asintió.

—Ni más ni menos —respondió—. Pero ya veo que usted no puede hacer nada y le agradezco el tiempo que ha perdido

escuchándome. Créame, vine a usted, como una especie de último recurso...

—¡Espere, espere! —dijo Colman vivamente—. No ha acabado todo aún. Quizá su visita resulte más fructuosa de lo que usted misma cree.

—¿Piensa que puede hacer algo, señor Colman? —preguntó ella, esperanzada.

Colman miró unos instantes a la joven y la encontró agradablemente seductora, llena de un atractivo como había visto muy pocas veces. Aunque parecía desvalida, había en su rostro una expresión de firmeza y energía que no podía por menos de agradarle.

—Yo, no... Es decir, no creo, pero si puedo recomendarle a un buen profesional. Le saldrá un poco caro, pero acostumbra a obtener resultados convincentes y falla en muy contadas ocasiones.

¿Trata de decirme que es un detective privado?

—Exactamente.

—Ya contraté a uno, pero no consiguió nada —dijo Auda. un tanto decepcionada.

Colman no se inmutó. Sacó una tarjeta y escribió un nombre y una dirección

—Vaya a ver a Seth McLoo —dijo—. Francamente, si McLoo no encuentra a su padre, no creo que otro pueda hacerlo. Pero creo que lo encontrará... o, por lo menos, con seguirá averiguar qué ha sido de él.

Auda tomó la tarjeta y la examinó durante unos instantes. A continuación, la guardó en su bolso y se puso en pie.

—Gracias por su gentileza, señor Colman

—Al contrario, ha sido un placer, aunque los motivos no tengan nada de agradables — contestó él.

Auda se marchó, dejando una leve estela de perfume a violetas silvestres. Colman meneó la cabeza.

—Una chica preciosa —dijo.

Pero, de pronto sonó el teléfono y dejó de pensar en Auda y sus problemas.

—Colman —dijo.

Al otro lado sonó una risita.

—Vic, viejo zorro, hace un montón de tiempo que no nos vemos — exclamó la mujer.

—Oh, si, la última vez que nos vimos fue a finales del siglo pasado.

—No me llames vieja, Vic —protestó ella—. Sólo tengo... Bueno, no te importan los años que tengo. Pero creo que si te importará saber que el champaña está enfriándose y que tengo un caviar exquisito. Hay otros manjares para la cena, naturalmente, y luego, un postre muy, muy especial.

—¿Qué clase de postre? —pregunto él.

La dama soltó una risita.

—Sólo te lo diré si me prometes venir a cenar —contestó.

Colman meditó unos segundos. De no haber sido por la visita de Auda Tewell, habría terminado ya su trabajo. Y, bien mirado. Paulina Beresford era una mujer muy hermosa y con un cuerpo repleto de atractivos. Ya no cumpliría los treinta años, pero sabía cuidarse y tenía una figura que habría envidiado una jovencita quinceañera.

—De acuerdo, cenaré contigo —dijo al cabo—. ¿Cuál es el postre?

—¡Yo! contestó Paulina riendo a mandíbula batiente.

* * *

Deshizo el abrazo y quedó jadeando unos momentos. Cuando recobró la respiración, dijo:

—¡Uf! Paulina, eres terrible Parecías un náufrago hambriento...

Ella le miró sonriendo.

—Tampoco tú te has quedado atrás contestó

—Ha sido un postre exquisito, en efecto. ¿Te importa que fume?

Paulina señaló con la mano una consola situada al fondo. El dormitorio era enorme, decorado en dorado y azul. La cama, de un tamaño casi doble al habitual, se hallaba sobre un estrado cubierto de espesa moqueta de un color amarillo oscuro. Era preciso subir dos escalones para llegar al entarimado, que, sin embargo, ocupaba menos de la mitad de la estancia. El resto era prácticamente un saloncito, provisto de todo lo necesario.

—Tráeme uno encendido a mi también —pidió ella.

Colman se levantó, descendió del estrado y se acercó a la consola, en donde había una cigarrera de plata. Era una pesada arqueta, sostenida por cuatro patas en forma de garra, una de las cuales se apoyaba sobre una cuartilla plegada en dos.

Al levantar la tapa de la arqueta, movió ésta ligeramente. La cuartilla, mal sujeta revoloteó y cayó al suelo. Maquinalmente, se inclinó para recogerla y. con el gesto, el papel se abrió. Entonces vio algo que le hizo sentir extrañeza.

Había un mensaje escrito en gruesas letras mayúsculas. La curiosidad pudo más que la discreción y Colman acabó de extender la cuartilla para leer el mensaje:

SI CREES QUE ES UNA BROMA, ESTAS MUY EQUIVOCADA. PAGA LO QUE SE TE PIDIO O ACABARAS CONVERTIDA EN UNA POCO ATRACTIVA VIEJA.

Colman frunció el ceño, meditó unos instantes y luego se volvió hacia su anfitriona, que estaba desnuda, sobre el lecho, en actitud deliberadamente lánguida.

—Paulina, ¿qué significa esto? —preguntó.

Ella levantó las cejas un instante.

—Ah. sí —contestó—. La recibí esta mañana, pero me olvidé de quemarla. Arrímale una cerilla encendida, ¿quieres?

—Aguarda un momento. Necesito que me expliques el significado de este anónimo. ¿Por qué alguien quiere convertirte en una vieja?

—No lo sé. Te lo digo sinceramente. Vic, no tengo la menor idea de quién es ni qué se propone. Pero no es la primera carta que recibo.

—Eso da a entender este mensaje. ¿Qué decía la otra carta?

—Fueron dos. Me piden cien mil libras esterlinas.

—¿Qué te dan a cambio?

—¿A cambio? —Paulina rió desdeñosamente—. Dicen que podré seguir como soy ahora...

Se sentó en la cama un instante y luego, levantándose, caminó hacia el joven, mostrando orgullosa sus senos erguidos y firmes.

—¿Qué te parezco? ¿No soy atractiva? ¿Quién va a quitarme esto, Vic?

Sin saber por qué, Colman recordó a Lya Dumbarton, horriblemente envejecida. Aunque con otro temperamento y de distinta idiosincrasia, no había sido menos hermosa que la mujer que ahora tenía a su lado, espléndidamente bella en su absoluta desnudez.

De pronto, Paulina le quitó el papel y agarró un encendedor que había sobre la consola. Colman reaccionó con la suficiente rapidez para evitar que ella quemase el anónimo.

—Pero ¿por qué te preocupas tanto? —se asombró Paulina—. Sólo es el mensaje de un chiflado...

—Puede ser más grave de lo que piensas —contestó él.

—Vic, no me asustes.

—Es lo último que querría hacer en este mundo —aseguró Colman —. Mira, vas a dejarme que lleve este mensaje a un amigo que tengo en el Yard, ¿eh?

—Pero ¡si es absurdo! Tengo veintinuev... Bueno, treinta y dos, vaya, para ser sincera. ¿Cómo diablos van a convertirme en una vieja repulsiva, si no pago la suma exigida? ¿Acaso crees en brujerías, Vic?

—Paulina, deja que me ocupe de este asunto —insistió el joven—. Y ten cuidado con los desconocidas.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo—. Si tanto te empeñas... ¿Tomamos una copa y luego seguimos con el postre?

Colman hizo un gesto negativo.

—Lo lamento mucho, pero esta carta me ha sentado como si me hubiesen metido en un frigorífico —respondió.
—Vaya chasco —se decepcionó Paulina—. De modo que se acabó la fiesta...
El joven fue a su chaqueta, que estaba en una silla, y guardó el mensaje en uno de sus bolsillos.
—Tú lo has dicho —contestó—. ¡Se acabó la fiesta!
Y, en el acto, empezó a vestirse.

CAPITULO III

Después de leer el anónimo, el sargento Harmel encendió la pipa y. cuando vio que tiraba satisfactoriamente, se reclinó en su sillón, con los ojos fijos en el visitante.

Colman esperó, paciente. Al fin. Harmel despegó los labios:

—Dice que la dama ha recibido ya dos mensajes.

—Sí, sargento.

—Y que no ha hecho ningún caso.

—Se rió del chillado que pretende convertirla en una vieja.

—Usted se acuerda de Lya Dumbarton. ¿verdad?

—¿Podría olvidarlo, sargento?

Harmel hizo un movimiento de cabeza.

—Yo no la conocí viva, pero creo que era una mujer muy bella —dijo.

—Hermosa de veras —confirmó el joven.

—Y parecía una vieja de más de setenta años. ¿Cómo es la señora Beresford?

—Treinta y dos años y una figura excepcional...

Harmel emitió una risita. Colman sintió que los colores afluían a su rostro.

—Vaya, señor Colman —dijo el sargento—, parece que se le dan bien, ¿eh?

—Debo de tener algún atractivo especial sonrió el joven de mala gana.

—Ya lo creo. Treinta años, una salud de hierro, buena posición económica y... Vamos, si parece un galán de cine, señor Colman.

El joven se puso las manos en el pecho.

—Le aseguro que no soy culpable —sonrió.

—Es un don divino, en efecto, pero también ha puesto usted algo de su parte, la inteligencia, por ejemplo.

—También es un don divino...

—Sí, pero sabe utilizarla y eso es algo peculiar de cada persona. Unos usan bien su inteligencia, otros la usan para fines poco éticos... Pero, en fin, dejémonos de filosofías y vayamos derechos al asunto.

—Si, sargento.

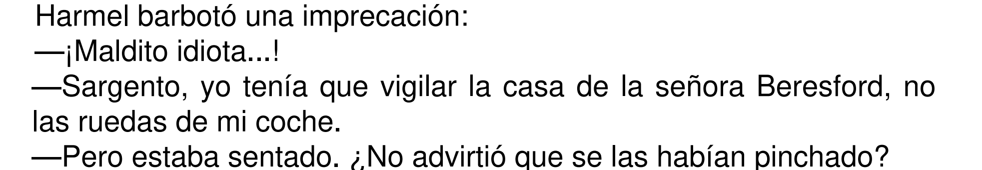
—Me quedaré con el anónimo. Haré que investiguen sobre el papel, la tinta del rotulador con el que escribió el mensaje, las huellas dactilares... Tengo las suyas y enviaré a un experto a conseguir las de la señora Beresford, para el caso de que haya otras en el papel. Y, por supuesto, pondré una discreta vigilancia en las inmediaciones de su casa, a fin de evitar sucesos desagradables.

—Me parece muy bien —aprobó Colman.

—Pero no le diga a ella que estará bajo vigilancia.
—De acuerdo, sargento.
Harmel sujetó la pipa con los dientes.
—Y ya le diré algo si conseguimos un dato de interés.
Colman entendió que la entrevista había terminado y se puso en pie.
—Gracias por todo, sargento —se despidió.

* * *

Cuando llamaron a la puerta. Paulina se puso un peinador, fue al espejo, se retocó un poco los cabellos y luego se dispuso a abrir. Había en el umbral un mandadero, cargado con un enorme ramo de flores, y sonrió al verla.
—¡Qué bonitas! —exclamó—. ¿Son para mí?
—Si, si usted es la señora Beresford —contestó el hombre.
—Lo soy.
Paulina se apoderó del ramo y hundió el rostro en las flores. Estuvo así unos instantes *y* luego miró al individuo.
—Aguarde un momento, voy a darle una propina.
Paulina se retiró con las flores. A los pocos segundos, volvió, tenía los ojos vidriosos.
—¿Me oye usted? —preguntó el mandadero.
—Si —contestó ella.
—Ahora mismo se vestirá y bajará a su coche. Inmediatamente, saldrá en dirección Norte...
El hombre habló todavía algunos momentos. Al terminar. Paulina hizo un gesto de asentimiento.
—Sí, lo he entendido todo —declaró con voz carente de entonación.
—Tráigame las flores. No eran para usted, me equivoqué de casa.
—Si.
El repartidor volvió a tomar el ramo y se marchó. Paulina fue al dormitorio y empezó a vestirse.
Un cuarto de hora más tarde, salía de la casa. El detective Brian la vio y se dispuso a seguirla en su coche.
Paulina subió al suyo y lo hizo arrancar. Brian la imitó, pero, cinco o diez metros más adelante, frenó y empezó a lanzar maldiciones.
Se apeó del automóvil y contempló lastimeramente las dos ruedas traseras, con las llantas en el suelo. Lanzó unos cuan tos juramentos y volvió a la parte delantera, para usar la radio.
—Sargento —dijo momentos después—, ella se ha marchado.
—La está siguiendo, supongo.
—Lo siento. Me han pinchado las dos ruedas traseras.


Harmel barbotó una imprecación:
—¡Maldito idiota...!
—Sargento, yo tenía que vigilar la casa de la señora Beresford, no las ruedas de mi coche.
—Pero estaba sentado. ¿No advirtió que se las habían pinchado?
—Creo que pusieron los clavos en el suelo, justo delante de las ruedas, de modo que cuando eché a andar, se produjeron las perforaciones y...
—Está bien —dijo Harmel, resignado—. Al menos, habrá tomado la matricula de su coche, para que puedan localizarlo las patrullas móviles.
—Si, señor. Es WMG 559 y...
—Suficiente, Brian. Regrese.
—Bien, sargento.

* * *

Colman oyó el timbre del teléfono y abandonó la ducha, envuelto en la toalla, maldiciendo al importuno. Por fortuna, aún no había abierto los grifos y el suelo quedó limpio de posibles huellas de humedad.
—Abogado Colman —dijo.
—Sargento Harmel —le contestaron—. Tengo malas noticias para usted.
—¿Qué?
—Lo siento. La señora Beresford ha desaparecido.
—Sargento...
—No ha sido culpa nuestra —se defendió Harmel, evidentemente malhumorado—. Ella salió de su casa y montó en su coche. Yo tenía un hombre vigilándola, pero alguien le pinchó dos ruedas y no pudo seguirla. Cuando avisé a las patrullas, era ya tarde; habíamos perdido su pista.
—Pero ¿cómo es posible?
—No tengo ninguna explicación que pueda satisfacernos a ninguno de los dos.
—Pero... al menos, dispondrán de la matricula de su automóvil...
—No nos sirve de nada —se lamentó Harmel—. Lo hemos encontrado a menos de un kilómetro de su casa. Evidentemente, cambió de coche antes de que el aviso llegara a las patrullas móviles. Ahora estamos tratando de encontrar algún testigo que pueda haber visto a la señora Beresford en el momento del cambio de coche. Es lo único que podemos hacer, señor Colman.
—Un instante, sargento —dijo el joven—. ¿Sabe si ella ha recibido

alguna visita?
—No, desde el momento en que pusimos la vigilancia. Mejor dicho, si fue alguien a su casa, pero se marchó a los pocos minutos.
—¿Saben quién es?
—El repartidor dé una floristería. Le llevó un gran ramo de rosas, pero se lo llevó a los pocos momentos. Por lo visto, había equivocado la dirección... En cambio, no sabemos si recibió alguna llamada telefónica.
—¿Lo cree posible?
Harmel exhaló un gran suspiro.
—El asunto, por ahora, no tenía el suficiente interés para pedir a un juez la intervención de su teléfono. La señora Beresford está libre de toda sospecha y... Bueno, no sé qué decirle... Me siento terriblemente confundido, señor Colman.
—Sí, lo comprendo.
—Créame, haré todo lo humanamente posible por encontrarla. Le llamaré en cuanto tenga noticias y ojalá sean mejores.
—Gracias, sargento.
Colman dejó el teléfono y se volvió al baño, profundamente pensativo. ¿Adónde diablos habría podido ir Paulina?
¿Estaba enterada de que la vigilaban y había hecho que alguien pinchara las ruedas del automóvil del policía?
Frustrado y también inquieto, se metió bajo el chorro, pero el agua fría no consiguió calmar sus nervios.
Cuando terminó de vestirse, volvió a sonar el teléfono.
Era alguien a quien Colman había olvidado casi por completo.
—Ah, señorita Tewell —exclamó—. ¿Puedo servirle en algo?
—En cierto modo... ¿Tiene usted noticias de McLoo?
—No —contestó *el* sorprendido—. ¿Por qué habría de tenerlas?
—Creí que el detective le diría algo...
—Lo siento, pero le traspasé el asunto. No me tome por un sujeto especialmente desdeñoso, pero pensé que McLoo era el hombre indicado para ocuparse de su caso. Cuando le pido que haga una investigación para asuntos de mi oficina, es lógico que me tenga constantemente informado, pero en el suyo, no...
—Comprendo —dijo Auda—. Está bien, señor Colman: siento haberle molestado.
—Por Dios, señorita... ¿Ha intentado ponerse en contacto con él?
—Si, pero hace unos días que su teléfono no responde a las llamadas, excepto el contestador automático. Dice que está fuera de Londres, y tardará en regresar, y que deje el mensaje para su regreso.
—¿Ha indicado alguna fecha de vuelta?
—No, en absoluto.

Colman reflexionó un instante.
—Mire, señorita, vamos a hacer una cosa. Mejor dicho, la haré yo. Hablare con cierta persona, que conoce bien a McLoo y que suele estar enterada de sus andanzas. Después la llamaré a usted, ¿eh?
—Gracias, señor Colman —dijo ella, visiblemente aliviada.
—Estoy a su disposición, señorita —respondió el joven.
Momentos después, marcaba un número de teléfono. McLoo era un solterón empedernido, lo cual no significaba que no le gustasen las mujeres. Había tenido varias amigas, pero ahora hacía tiempo que se había «estabilizado» con una dama y la cosa parecía resultar definitiva.
Pero la dama no estaba en su casa. Resignado, Colman se dijo que tendría que ir a verla personalmente, porque sabía dónde podría encomiarla.

* * *

Se llamaba Betty Gaylor y era muy rubia y de silueta abundantemente dotada de curvas. Entró en el camerino, se quitó el tocado de plumas, soltó las que llevaba a la cintura y luego elevó las manos para quitarse el peto dorado que cubría sus exuberantes senos.
—¿Te ayudo, Betty?
Ella se volvió rápidamente.
—¡Vic! ¿Qué haces aquí? —exclamó.
—Vine a verte. Me gustó tu número —sonrió él.
—No es una cosa del otro mundo —dijo ella, a la vez que desaparecía detrás de un biombo—. Le falta algo de sal.
—No es culpa tuya, Betty.
—Gracias. Yo hago lo que puedo, pero ni el compositor ni el letrista, sobre todo éste, se han lucido en esta ocasión. El dueño no quiere ni oír hablar de algunos cambios que, en mi opinión, darían más atractivo al número... Pero no creo que esto te interese. Son problemas míos, Vic.
—Los resolverás satisfactoriamente aseguró Colman Eres muy buena y mereces algo más. Por cierto, ¿qué sabes de Seth?
—Nada. Vic.
Betty salió del biombo, envuelta en una bata, y se sentó ante el tocador para limpiarse el maquillaje de la cara.
—¿Habéis roto? —preguntó el joven.
—Oh, no. Pero ya sabes cómo es él... Le sale un asunto y está fuera una temporada... Ahora hace, al menos, una semana que no sé nada

de él.
—¿Te dijo adónde iba?
—Nunca lo hace. Es muy callado para sus asuntos y, la verdad, yo no quiero meter las narices donde no me importa. Aunque ahora que recuerdo... Si, esta vez dijo que iba hacia el Norte...
—¿Mencionó algún lugar?
Betty apoyó los codos en el tocador y se miró al espejo.
—Maldita sea... No estoy segura... Quizá lo dijo en sueños o tal vez en un inciso... Tengo mala memoria, ¿sabes? Mira, yo uso el camerino número doce y hay veces en que olvido ese número...
—Bueno, quizá lo recuerdes en otro momento. Si es así, me llamarás inmediatamente, espero.
—Descuida.
Betty se volvió en su asiento y fijó la vista en el joven.
—Tú 1c encargas casos a Seth, pero no sueles venir a preguntarme por su paradero. ¿Es que ahora ocurre algo grave, Vic?
—No mujer, sólo que como no tenía noticias suyas... —Colman palmeó el hombro de la artista—. Os casareis algún día, supongo.
Ella hizo una mueca.
—Aunque no lo parezca, estoy más cerca de los cuarenta que de los treinta y empiezo a cansarme de actuar siempre en teatros de segunda fila. Ya no llegare a ser una gran estrella, pero tengo algunos ahorrillos y pienso invertirlos en un buen negocio, apenas termine mi contrato. Seth también está de acuerdo; él también se siente muy cansado de patear las calles. Un «pub» podría darnos estabilidad para el resto de nuestros dias, ¿comprendes?
—Y hasta podéis conseguir un heredero —sonrió él, a la vez que se inclinaba para besar la mejilla de la artista.
—¡A mis años! —resopló Betty.
—¿Es que ya no puedes?
—¡Vic, lárgate! —gritó ella, muy sofocada—. Te llamaré apenas sepa algo de Seth.
—De tu futuro esposo.
—Sí, creo que acabaré convirtiéndome en la señora McLoo —admitió la artista alegremente.

CAPITULO IV

Estaba a unos doscientos metros de la casa, masticando pensativamente un tallo de hierba, escondido entre unos arbustos. Aunque no se podía decir que hubiera resultado fácil, había empleado, sin embargo, menos tiempo del calculado para localizar el objetivo.

Cuando era necesario. Seth McLoo actuaba sin escrúpulos. Entraba en las casas, sin permiso del dueño, pero, eso si, era totalmente honrado y jamás se llevaba nada que no le perteneciese. Incluso si le encomendaban recuperar algunos documentos, se limitaba a encontrarlos y tomar fotografías, que luego entregaba al cliente. Recuperarlos era ya labor de la policía.

Ahora la cosa parecía un tanto distinta. Un hombre había desaparecido hacía seis meses y alguien había vaciado su cuenta corriente. McLoo era hombre experimentado y no abrigaba la menor esperanza de encontrar vivo a David Towell. Pero, al menos, averiguaría dónde se había producido su fin y...

La noche cayó lentamente y las ventanas se encendieron en la casa. Todavía tardarían en acostarse sus moradores. Entonces sería el momento del asalto.

Paciente como un indio, McLoo se sentó junto a un árbol y, al abrigo de su grueso tronco, encendió un cigarrillo. Casi se durmió, con el pitillo encendido en los labios, y lo apagó, disgustado consigo mismo.

Para vencer el sueño, se puso en pie. Todo parecía tranquilo y decidió acercarse un poco más a la casa, a fin de observar mejor el terreno donde debía actuar poco después. El silencio era absoluto, a excepción del leve rumor de las hojas de los árboles, movidas por una brisa apenas perceptible, y el sonido casi musical del arroyo que pasaba a poca distancia, abundante en caudal, debido a la relativa proximidad del invierno, pasado hacia muy poco.

Un poco más adelante, vio brillar las aguas del arroyo, cruzado por un puente de madera en arco, que permitía el acceso a la explanada donde se hallaba la casa. De pronto, su pie derecho se enredó en la rama baja de un arbusto.

Tiró, disgustado. La rama se resistió. El pantalón se había enganchado, pero, al fin, consiguió soltarse y pasó el pie por encima, sin apercibirse del cable tendido a un palmo del suelo y que quedaba casi totalmente oculto por la vegetación.

Avanzó unos pasos más y se acuclilló en las inmediaciones del puente. Así estuvo un rato hasta que, de pronto, oyó un sordo gruñido en las inmediaciones.

Lo primero que pensó fue que tenía un jabalí a poca distancia. Luego se dijo que no era terreno propio para tales fieras, aunque sí podía tratarse de un cerdo escapado de alguna granja cercana. Pero el gruñido se repitió, ahora más cerca y con tonos verdaderamente amenazadores.

Crujieron los ramajes con violencia. McLoo se levantó, aprensivo. Tenía un revólver y lo sacó.

De pronto, las ramas se separaron y algo apareció ante sus ojos. El detective se quedó petrificado por el horror.

Aquello no podía ser realidad. Estaba soñando, padecía una pesadilla. No existían seres como el que tenía frente a si.

Se olvidó del revólver. Cuando quiso reaccionar, era ya tarde. La bestia atacó.

Abrió la boca. McLoo pensó instintivamente en las mandíbulas de un gigantesco saurio. «Pero no es un cocodrilo», se dijo, segundos antes de que aquellos feroces colmillos se cerrasen sobre su garganta.

Durante unos momentos, sólo se oyeron unos ruidos atroces: mandíbulas que se movían ávidamente, dientes que cortaban como sierras mecánicas, huesos que se partían como simples cañas secas...

Dos hombres aparecieron corriendo. Uno de ellos tenía en la mano una especie de escopeta y disparó contra la fiera. El animal cayó dormido a los pocos momentos.

—Creo que no debimos soltarlo, señor —dijo uno de los individuos.

—El intruso tocó la alarma —contestó el otro—. Peor para él si intenta robarnos —añadió fríamente.

—¿Cree que era un ladrón?

—Posiblemente. Y si no lo era, tanto da...

Una linterna se encendió y su luz permitió ver un espectáculo horripilante. El cuerpo de McLoo había sido devorado en más de su mitad. Le faltaba el brazo izquierdo entero y tampoco se veía la mano derecha.

—Habrá que recoger esos restos y enterrarlos —dijo el que sostenía la linterna.

—¿Y él? —El otro señaló a la bestia dormida.

—Yo me encargaré de que vuelva apenas despierte. Será dentro de una media hora, aproximadamente.

—Tenga cuidado con su reacción, señor.

—No pases pena —sonrió el hombre alto

Ninguno de los dos podía saber en aquellos momentos que la mano derecha de McLoo no había pasado al estómago de la fiera.

* * *

Aquel remanso le gustaba mucho a Harry Sheard. Llegó a la orilla rebosante de césped, preparó la caña y luego lanzó el sedal al agua, con el anzuelo y su correspondiente cebo. Clavó la caña en el suelo, abrió el taburete y lo colocó bajo un olmo de dimensiones más que regulares.

Al terminar las operaciones, sacó un frasquito plano de metal, desenroscó el tapón y tomó un sorbo de su contenido.

Chasqueó la lengua, evidentemente satisfecho, eructó y luego cargó su pipa.

Recostó la espalda en el árbol y fumó plácidamente un rato. De pronto, le pareció que el flotador se movía.

—Bueno, ya ha picado el primero de la jornada —dijo.

El tabaco de la pipa ya se había consumido. Golpeó la cazoleta contra el tacón de su bota, guardó la pipa y tiró de la caña.

Algo salió del agua. Sheard frunció el ceño.

—Algún maldito estúpido...

Acercó el hilo, del que pendía una mano casi azulada.

—Debe ser de plástico —murmuró.

Pero cuando tocó la piel fría, cuando vio la muñeca horriblemente destrozada, estuvo a punto de desmayarse.

Consiguió dominar las arcadas que le sacudían el estomago. Luego, dejando la carta en el suelo, con su siniestra pesca, echó a correr en dirección al pueblo, a fin de comunicar el macabro hallazgo a los representantes de la ley.

* * *

El teléfono sonó y Colman levantó la vista de los papeles que estudiaba.

—¿Sí?

—Soy Harmel. Tengo noticias para usted, abogado.

—Espero que sean interesantes, sargento.

—Macabras, estaría mejor dicho. ¿Puede pasarse por mi oficina? No me parece adecuado el teléfono...

—Estoy terminando un trabajo importante. Si mi presencia puede retrasarse al menos una hora, después tendría todo el tiempo para usted.

—Perfectamente —accedió Harmel—. Le espero dentro de una hora.

—Añada media hora más. que es el tiempo que me costará llegar a su despacho.

En el tiempo señalado. Colman se presentó ante Harmel.

El joven se sentía profundamente intrigado, puesto que no comprendía los motivos de la llamada del policía.

Harmel le ofreció cortésmente una taza de té. Luego extrajo del cajón de su mesa un gran sobre y sacó del mismo una fotografía de casi cuarenta centímetros de lado.

—Domine su estómago, señor Colman —aconsejó.

Colman tomó la fotografía y le dio la vuelta, para contemplarla debidamente. En el acto, dio un respingo.

—¡Rayos!

—Es un mano humana, no de guardarropía, como las que se usan en las películas de terror —dijo Harmel—. El original, como puede comprender, está guardado en una cámara frigorífica.

El joven levantó la vista y estudió el rostro de su interlocutor.

—Algo me dice que yo conocía al dueño de esta mano —murmuró.

—En efecto, y siento tener que darle la mala noticia. Naturalmente, apenas se nos comunicó el hallazgo a la sección correspondiente, se tomaron las huellas de la mano. Aunque no por motivos deshonrosos, ni mucho menos, figuraban en nuestros archivos.

—Vamos, sargento, suéltelo.

—Era Seth McLoo, detective privado.

Colman sintió que se le hacia un nudo en la garganta.

—Dios mío... El buen Seth... No me lo puedo creer...

—La identificación es absolutamente fiable —dijo Harmel—. En cambio, no hemos podido hallar el menor rastro del cuerpo. No sabemos dónde puede estar ni qué ha sido de... Bien, sólo tenemos esa pequeña parte del cuerpo de McLoo.

—Usted está convencido de que ha muerto —adivinó Colman.

—Me gustaría equivocarme, pero si se ofreciesen apuestas, yo no arriesgaría un penique en favor de la vida de McLoo. Es triste decirlo, pero las cosas son así, aunque no nos gasten.

—En su opinión, ¿qué le ha pasado?

—Siga aguantando estómago. Creemos que ha sido devorado.

—Oh, no, Harmel... Demasiada fantasía protestó el joven.

—Tenemos la casi absoluta seguridad de su muerte. En cambio, no lo estamos tanto de que haya sido devorado por una bestia carnívora, aunque las probabilidades en favor de esta tesis son muy elevadas — dijo el policía sin inmutarse.

—¿En qué se basan para sentar esa opinión?

—El informe del patólogo y de otros especialistas de notoria reputación. Todos coinciden en lo mismo: por las huellas de los dientes, diríase que fue comido por un can.

—Sargento, alguien está loco aquí y no soy yo —resopló Colman indignadamente—. McLoo, devorado por un perro... Claro que si tardó semanas...

—No. Tuvo que comérselo en pocos minutos. Ya he dicho que se trata de una bestia gigantesca, lo cual hace aún más incomprensible el enigma Por las huellas de los dientes, se podría asegurar que el perro tiene la alzada de un caballo. Claro que no existen perros tan grandes, pero... Esos son los hechos y no se pueden desvirtuar.

Colman asintió Por mucho que le costase creerlo, era difícil dudar de los informes de unos expertos tan calificados tomo los consultados por Scotland Yard. Pero el caso era que se trataba de un hombre que había sido su amigo.

—¿Cómo encontraron la mano? —preguntó tras unos segundos de reflexión.

—Un pescador la sacó con su anzuelo, en el río Dweetty, no lejos de Dweetshire. Eso está a unas doscientas veinte millas de Londres. El pobre hombre no se ha repuesto todavía del susto...

—Supongo que le habrán interrogado a fondo —dijo Colman.

—Si, pero no hemos sacado nada en limpio. El pescador dice que no vio nada más y se ha dragado el río en una gran extensión, sin encontrar nada más. Eso es todo lo que sabemos.

—Sargento, hay algo que me extraña —manifestó el joven—. Es cierto que yo conocía a McLoo y que lenta una buena amistad con él, pero no era el único abogado que le encomendaba investigaciones. ¿Por qué han tenido que llamarme a mi precisamente?

—Se lo explicaré —respondió Harmel, mientras se disponía a cargar su pipa—. Cuando conocimos la noticia, investigaciones sobre familiares y parientes de McLoo. También sobre sus amistades y encontramos a una dama llamada Betty Gaylor, con la cual parece que tenía intención de casarse. La señorita Gaylor nos dijo que usted, que la conoce, la visitó para preguntarle por McLoo. Esto sucedió hace una semana aproximadamente.

Colman asintió.

—Es cierto —admitió— Fui a verla, porque no tenía noticias del detective. En realidad, no le había encargado yo ninguna investigación, sino, sencillamente, le envié un cliente y éste fue el que me pidió noticias de McLoo.

—¿Puedo conocer el nombre de su cliente, señor Colman?

—No hay objeción, sargento. Es la señorita Auda Tewell y quiere encontrar a su padre, que desapareció hará seis o siete meses. En tiempos, es decir, hace unos tres años, yo trabajaba para la firma Huggins e Hijo, y me ocupé de los asuntos del señor Tewell. Ella lo sabía, vino a pedirme consejo y yo la envié a McLoo. Eso es todo.

Harmel asintió.

—¿Ha hablado con ella? —preguntó.

—Aún no, puesto que ignoraba lo sucedido. La veré hoy mismo, a menos que usted tenga algún inconveniente.

—Ninguno, abogado. Aunque si me gustarla que me tuviese informado de la entrevista, siempre que en ella no se mencionen temas que puedan entrar en el secreto profesional.

—No lo creo —repuso Colman—. De todas formas, le llamaré más tarde. A propósito, una pregunta, sargento.

—¿Si?

—¿Saben algo de Paulina Beresford?

Harmel hizo un gesto negativo.

—Parece como si se la hubiese tragado la tierra —dijo—. Salió de su casa aquel día y ya no se la ha vuelto a ver más.

CAPITULO V

Auda recibió la noticia y quedó sumida durante unos momentos en un anonadante estupor. Colman respetó su silencio, esperando pacientemente a que la muchacha se hubiese recuperado.

Al cabo de un rato, ella airó la vista y le miró.

—lis lo más horrible que he oído en mi vida dijo—. No sabe cómo me siento. Soy la culpable de la muerte de McLoo...

—Usted no podía saber lo que iba a ocurrirle —le interrumpió Colman—. En alguna ocasión, yo, o mis colegas, le hemos encomendado investigaciones arriesgadas. Una vez, un rufián le pegó un tiro y se pasó seis semanas en el hospital. Su oficio le exigía correr ciertos riesgos, eso es todo.

—Pero no morir...

—El no lo esperaba, ciertamente. Sin embargo, debemos admitirlo como cosa hecha y no formularnos ningún reproche, puesto que no somos culpables en absoluto.

—Usted no lo es, señor Colman —dijo Auda vivamente.

—Tanto como usted. Vino a verme y yo le aconsejé los servicios de McLoo. Pude haberle indicado otro detective privado, pero sabía que Seth era el mejor.

—Creo que tiene razón —murmuró ella—. Pero ¿de veras existe esa bestia gigantesca? ¿Un perro tan grande como un caballo?

Los expertos así lo aseguran —respondió Colman—. En esa clase de asuntos yo soy completamente lego. No tengo autoridad para negar los dictámenes de esos especialistas.

Auda volvió a callar unos momentos. Luego se levantó, a la vez que se pasaba una mano por la frente.

—Perdone, pero me he sentido abrumada y por eso no le he ofrecido nada... ¿Quiere algo de beber?

—Aceptaría un poco de café, con mucho gusto.

—En seguida.

Auda se marchó y volvió minutos más tarde con una bandeja en las manos. Después de tomar café, ella habló nuevamente:

Ahora no se qué hacer ni a quién recurrir para encontrar a mí padre. O, por lo menos, conocer su suerte.

—Siento no poder ayudarla —dijo él—. ¿Acostumbraba su padre a ausentarse durante tamo tiempo?

—No. Aunque si pasaba fuera de casa más días de lo corriente, siempre me daba noticias suyas con cierta frecuencia o me llamaba por teléfono. Jamás habría dejado pasar seis meses sin una sola llamada telefónica o una tarjeta postal.

—¿Cree que su desaparición tiene algo que ver con Hegstrom?

Auda juntó las cejas pensativamente.

—Tampoco sé nada de Hegstrom —contestó.

—¿Lo conocía personalmente?

—No. Aunque alguna vez hablé con el por teléfono, cuando quería comunicarse con mi padre. Ya sabe, las frases de costumbre, muy breves, pero nada más.

—Y no sabe dónde puede estar.

—No. ¿Cree usted...?

—Si encontrásemos a Hegstrom, quizá el podría darnos alguna noticia acerca de su padre, ¿no le parece?

Auda pareció considerar la sugerencia. Colman añadió:

—Usted me dijo que ambos habían desaparecido al mismo tiempo, aproximadamente.

—Sí, es cierto. Pero no tengo la menor idea...

Colman consultó su reloj.

—Tendrá que dispensarme —dijo—. Debo hacer una visita y no puedo retrasarme más. Sin embargo, me permitirá un consejo.

—Desde luego —accedió ella.

—Su padre, tenía aquí, en esta casa, ¿algún gabinete de trabajo privado? ¿O disponía de una oficina en otra parte?

—No, tiene aquí su despacho.

—Entonces, regístrelo a fondo. Revise los papeles uno por uno, desde la fecha a la firma. Tal vez encuentre algún detalle que pueda facilitarnos una pista sobre su paradero. ¿Lo hará así?

Auda sonrió.

—Parece que se ha tomado interés por el caso —dijo.

—Un buen amigo ha muerto horriblemente —contestó él.

—Y usted cree que mi padre puede estar relacionado con esa muerte.

—No como culpable, por supuesto. Pero, si, estimo que hay alguna relación entre la desaparición de su padre y la muerte de McLoo. A la policía también le interesa, como puede comprender.

—Haré lo que pueda —prometió Auda—. Si encuentro algo, le llamare inmediatamente.

—A cualquier hora del día o de la noche —puntualizó Colman, a la vez que le tendía la mano en señal de despedida.

Cuando salió de la casa de Auda, situada en un barrio tranquilo y elegante, lanzó un hondo suspiro. La visita que iba a hacer no tenía nada de agradable. Betty Gaylor estaría deshecha, se imaginó.

* * *

Auda le llamó al día siguiente.
—He encontrado algo interesante —manifestó.
—¿De veras?
—Si. Una factura por el transporte de ciertas drogas no medicinales. No sé cómo estaba en casa, porque esa clase de facturas nunca pasaron por mis manos. Yo siempre me ocupaba de los gastos de la casa, ¿sabe?
—Entiendo. A usted se le antoja extraña la tal factura.
—Si, en efecto. La encontré en el fondo de un cajón.
plegada en varios dobleces y con algunas manchas, como si hubiese estado muchos días en un bolsillo Tal vez mi padre recibió la factura, la guardó, se olvidó de ella, luego se cambió de traje y un buen día, al volver a ponerse el mismo traje, encontró la factura y la tiró a ese cajón.
—Es una hipótesis plausible —admitió Colman—. A veces nos encontramos con algún papel sin importancia, pero, no obstante, nos resistimos a tirarlo y lo guardamos en algún rincón.
—Eso es lo que pienso que pudo suceder —contestó Auda—. Bien, lo interesante del caso es que en la factura se detalla el importe de los gastos de transporte desde la casa j expedidora al lugar de destino.
—Y usted, piensa que podríamos hacer una visita a ese lugar...
—No me atrevía a proponérselo —confesó la muchacha.
—Pasaré a recogerla. Estaré con usted dentro de veinte minutos.
Auda se encontraba en la puerta de la casa cuando llegó el joven con su coche. Ella vestía un sencillo traje de color azul fuerte, con vivos blancos, y llevaba en la mano un paraguas, ya que el tiempo, aunque cálido, amenazaba lluvia.
Colman arrancó inmediatamente. Auda sacó un papel y le leyó una dirección.
—He estudiado el plano —añadió—. Puedo guiarle.
—Es usted previsora —sonrió él—. ¿Qué opina de ese lugar?
—Lo he pensado mucho, una vez le dije que mi padre sufragaba las investigaciones de Hegstrom.
—Sí, lo recuerdo.
—Pues bien, pienso que adonde vamos está, o estuvo, el laboratorio de Hegstrom.
—Es posible —admitió Colman—. ¿Cree que encontraremos algo?
—Debemos intentarlo todo, ¿no?
—Muy cierto. No se debe desperdiciar el menor detalle, y este puede tener mucha importancia.
Tres cuartos de hora más tarde, y después de un par de errores en el trayecto, aunque corregidos a tiempo. Colman detuvo el coche en un paraje casi deshabitado y de lúgubre apariencia. Sin salir. los

dos, durante unos minutos, contemplaron la casa abandonada y el jardín que la rodeaba, completamente descuidado y abundante en maleza.

La casa era vieja y el abandono en que se hallaba la hacía parecer aún más antigua de lo que era en realidad. Tenía dos plantas y las ventanas aparecían cerradas, con los cristales cubiertos de polvo.

—No creo que encontremos a nadie aquí —dijo él, pasa dos unos momentos.

—Pero tuvieron que estar en la casa —exclamó Auda— La casa suministradora de las drogas no parece dada a fantasías. Hablé con el gerente y me dijo que hacían envíos como el citado en la factura, con regularidad, pero que hace ya más de seis meses que no les han hecho ningún otro pedido.

Colman abrió la portezuela.

—Muy bien —dijo—. En tal caso, vamos a ver qué hay ahí adentro, aunque sea sin permiso del dueño.

—Lo tiene usted —declaró Auda sorprendentemente.

—¿Es suya? —Colman se volvió hacia la muchacha.

—De mi padre. Me encontrado la escritura de propiedad. La compró hará unos tres artos.

—Y usted no sabía nada...

—Simplemente, no me lo dijo. Los gastos que pudo hacer aquí no eran de mi competencia.

—Ya, usted sólo se ocupaba de los asuntos domésticos.

—Exactamente. Pero no tengo llave...

Colman sonrió.

—Yo si —contestó.

Había una valla de madera, que se caía a pedazos, y empujó la puertecita, dejando pasar a la muchacha en primer lugar. Momentos después se hallaban ante la entrada de la casa.

Colman tanteó el picaporte. Luego levantó el pie y golpeó secamente.

—Perdone la fanfarronería. Le dije que tenía una llave. No obstante, pagaré una cerradura nueva.

Auda hizo un gesto con la mano, como dundo a entender que no tenía importancia. Luego entraron en la casa.

Había polvo por todas partes y los muebles eran más bien escasos. Un detalle que llamó la atención de Colman fue que no encontraron un solo papel.

—Se han llevado todos los documentos, si había alguno —dijo.

Auda no contestó. Colman giró en redondo y la vio forcejeando con una puerta

—Está cerrada con llave —exclamó la muchacha—. ¿Quiere usar de nuevo la suya?

—Claro —rió él.

Se oyó un fuerte chasquido y la puerta saltó. Un olor desagradable salió al instante por el hueco.

Colman vio una habitación de grandes dimensiones, en la que había un par de mesas muy largas y algunas estanterías. Todo estaba absolutamente vacio: no había ningún frasco o botella ni otra clase de vasija, pero saltaba a la vista que, en tiempos, había servido como laboratorio.

Al fondo se veían un par de pilas, con sus correspondientes grifos.

Colman cruzó la estancia y probó los grifos. No salió una sola gota de agua.

—La habrán cortado, al cancelar el contrato —dedujo.

De repente oyó un agudo chillido.

Inmediatamente, dio media vuelta. Auda estaba a pocos pasos, con una mano en la boca, contemplando algo que parecía causarle un profundo horror.

Colman saltó hacia delante. Ella tendió una mano.

—Mire... Es... horrible...

Los ojos del joven se volvieron hacia la mesa, sobre la que se movía torpemente un animal que creyó salido del lápiz de un dibujante enloquecido.

—No es posible —murmuró.

Era una mosca enorme y su cuerpo medía casi quince centímetros de largo. Las alas tenían unas dimensiones proporcionales y, aunque el insecto las movía frenéticamente, no conseguía levantar el vuelo.

Auda sintió náuseas y se apartó. Colman procuró dominarse, acercándose a la mosca, para examinarla mejor.

Las patas, apreció, sostenían con dificultad su cuerpo. De pronto, el insecto se derrumbó a un lado.

Aleteó un poco, como resistiéndose a morir. Luego, lentamente, se quedó quieto.

—¿Pasa algo? —preguntó Auda, sin atreverse a mirar.

—Ha muerto, parece —respondió él.

—Vic, ¿de dónde, ha salido ese horrible insecto? ¿Cómo es posible que una mosca pueda alcanzar un tamaño decenas de veces superior al normal?

—No tengo la menor idea, aunque pienso que tal vez Hegstrom. si estuviese aquí, podría explicárnoslo. De todas formas, no faltará quien lo haga.

—Adivino lo que piensa —dijo Auda—. Va a llevársela...

—Si. Aguarde. no se mueva.

Colman fue a la cocina y buscó entre los cacharros, hasta encontrar una gran olla con su tapadera. Buscó también una cuerda y unas pinzas largas y regresó al laboratorio.

Dominó sus aprensiones y consiguió colocar la mosca en la olla, que tapó de inmediato. Luego sujetó la tapa con la cuerda.

—Ya está —dijo, al finalizar.

Auda exhaló un gran suspiro.

—Creo que me pasaré toda la noche en vela —exclamó.

—¿Por qué? El bicho está muerto; no puede hacer ningún daño... Incluso vivo resultaba inofensivo.

—Pero, a pesar de todo, daba miedo.

—Si —convino el joven—. Daba realmente miedo.

Pensativo, salió de la casa, junto con Auda. Si aquella mosca había alcanzado semejantes dimensiones, podía creerse que un perro hubiese podido crecer hasta ser tan grande como un caballo.

—La mosca es inofensiva, pero un perro, y más si se trataba de un mastín, conservaría íntegras sus cualidades agresivas —dijo, como si hablase consigo mismo.

Auda se mostró de acuerdo con aquella apreciación. Cuando subían al coche, le preguntó a Colman qué pensaba hacer con aquella horrible mosca.

—Se la llevaré al sargento Manuel y él hará lo más conveniente —respondió el joven.

Lo hizo al día siguiente y destapó la olla que había puesto sobre la mesa del policía. Harmel echó un vistazo y luego saltó hacia atrás, espantado por aquella horrible visión.

—Lléveselo a los especialistas que examinaron la mano de McLoo —dijo Colman—. Tal vez ellos sepan encontrar alguna explicación para este asombroso fenómeno.

Y luego explicó a Harmel la forma en que habían encontrado la mosca. Para finalizar, dijo:

—Personalmente, lo siento por esa muchacha. Sospecho que su padre está detrás de este horrible asunto y no me gustará nada ver su cara cuando se sepa la verdad.

CAPITULO VI

Había salido a la calle por unos asuntos ineludibles y, de repente, tuvo un encuentro inesperado.

Fue ella quien le llamó Colman no la habría reconocido de ninguna manera. Caminaba en sentido contrario y sólo vio una mujer con los cabellos casi blancos, el rostro arruga do, encorvada y que necesitaba un bastón para ayudarse a caminar, debido a la debilidad de sus piernas.

—¡Vic! —llamó ella.

El joven se detuvo al oír pronunciar su nombre y se volvió, sonriendo cortésmente.

—¿Es a mi, señora?

La anciana se le acercó precipitadamente y estuvo a punto de caer. Colman se apresuró a sostenerla en sus brazos.

—Señora, por favor...

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Vic, Vic... ¿Cómo es posible que no me reconozcas?

—Discúlpeme, señora, pero no creo haberla visto antes —respondió Colman, tratando de no mostrarse descortés—. Creo que se equivoca...

—Eres Víctor Colman, ¿no es así?

—En efecto, señora, ése es mi nombre.

—Soy Paulina Beresford.

Colman respingó.

«Está loca», pensó inmediatamente.

Ella insistió.

—No, no estoy loca... Soy Paulina... ¿Recuerdas la última velada en mi casa? Recibí un anónimo. Yo quería quemarlo, pero tú me lo impediste... Dijiste que lo entregarías a la Policía...

El joven se sintió aterrado. Si, había en aquellas arrugadas facciones rasgos de un rostro que había sido muy bello sólo unas semanas antes. Pero en tan poco tiempo, la transformación había sido absoluta y ahora Paulina estaba con vertida en una anciana que casi no podía moverse.

De pronto, se dio cuenta de que se hallaban en las inmediaciones de la casa de Paulina. Ella había mencionado el detalle del anónimo y ninguna otra persona podía conocerlo.

—Vamos —se decidió de pronto—. En casa me lo contarás todo.

Paulina se agarró a su brazo.

—Casi no puedo sostenerme... Fui a la farmacia a buscar un reforzante... Cada día me encuentro más débil... Me fallan las fuerzas...

—Llamaremos a un médico. Te pondrá bien, no te preocupes.

Momentos después, entraban en la casa de Paulina. Ella tenía la llave, lo cual era un dato más en favor de su verdadera personalidad.

Colman buscó licor y llenó dos copas. Paulina tomó un sorbo. La copa se le escurrió de unos dedos engarfiados.

—Estoy... muy débil... —gimió.

Colman dudó un momento, pero se rehízo en seguida y corrió al teléfono. Segundos más tarde, entraba en contacto con Harmel.

—¿Sargento? Soy Colman. Por favor, venga inmediatamente. Tráigase un medico, es muy urgente. Estoy en casa de la señora Beresford... Si, ella ha aparecido y se encuentra muy mal... Por favor, ahora no puedo darle explicaciones; lo más necesario es que se traiga a un medico. Pronto, pronto...

Dejó el teléfono y corrió hacia Paulina arrodillándose a su lado. Le tomó las manos y las encontró frías.

Casi no tenía pulso. Pensó que tal vez era ilusión de sus sentidos, pero ahora Paulina estaba más vieja que cuando se la encontró, apenas inedia hora ames.

Paulina, óyeme —dijo, a la vez que movía sus manos—. Escúchame, ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué te han hecho? ¿A quién has visto?

—No recuerdo... apenas... Un hombre... Alto con barba gris... de collar... bata blanca... pelo abundante... Sus ojos despedían fuego...

La voz de Paulina era apenas audible. Hila se calló de repente.

—Sigue, sigue —le apremió Colman—. Procura acordarte. Fuerza tu memoria, es muy importante.

Paulina no contestó. Entonces. Colman se dio cuenta de que tenía los ojos fijos y la boca entreabierta. Un reguero de saliva se deslizaba por el mentón y su pecho aparecía inmóvil.

Buscó su pulso, pero no lo encontró.

—¡Dios mío! Está muerta.

Soltó sus manos y se puso en pie. Retrocedió unos pasos, terriblemente alterado. ¿Cómo era posible que una mujer tan bella se hubiese convertido, en el escaso plazo de unas semanas, en aquella anciana arrugada y hasta repulsiva?

Necesitaba un trago y se tomó una buena dosis de whisky. Luego se quedó quieto, con la mirada montosamente fija en Paulina, que continuaba en la misma posición.

—Lo que han hecho contigo es una canallada —murmuró—. Si un día encuentro al culpable, puedes estar segura de que lo pagará muy caro.

Luego se sentó, así permaneció hasta que oyó el timbre de la puerta. Entonces, salió del estatismo en que había caído y corrió a abrir.

Harmel apareció, acompañado de un hombre joven que portaba un

maletín.

—Señor Colman, le presento al doctor Darcey —dijo el sargento.

—¿Doctor? —murmuró Colman—. Pasen, por favor, pero me temo que los servicios del doctor Darcey ya no son necesarios.

—¿Ha muerto? —exclamó Harmel.

El joven asintió. Luego los condujo hasta el salón. Darcey se acercó inmediatamente al diván y auscultó a la figura humana que allí yacía inmóvil.

—Cuénteme, señor Colman —pidió el sargento.

Colman le explicó brevemente lo ocurrido. Al terminar, agregó:

—No podría asegurarlo rotundamente, pero juraría que ella era mucho más vieja cuando murió que en el momento de nuestro encuentro. Y apenas había transcurrido media hora.

Darcey se les acercó. Había oído aquellas frases y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Es muy probable que tenga usted razón, señor Colman. Por el momento, mi impresión es de que la señora Beresford ha muerto de senilidad.

Colman respingó.

—O sea, ha muerto de puro vieja...

—Exactamente. Claro que tendré que confirmar mi diagnóstico con la autopsia, pero, insisto, mi primera impresión es la que ya he mencionado.

—No puedo comprenderlo, aunque la tenga delante. Hace cuatro semanas era una mujer de treinta años, realmente hermosa, rebosante de salud...

—Ahora, al menos físicamente, tiene noventa —afirmó Darcey.

—El doctor trabaja también en una residencia para ancianos —explicó Harmel—. Es especialista en geriatría, señor Colman.

—Entonces no cabe duda de que se trata de una opinión autorizada —dijo el joven—. Pero, ¿cómo se comprende que en cuatro semanas haya podido envejecer sesenta años?

El médico se encaminaba ya hacia el teléfono.

—Voy a pedir una ambulancia —dijo—. Sabremos mas cuando le hayamos hecho la autopsia.

—También comprobaremos sus huellas —manifestó Harmel—. Podría no ser la señora Beresford...

—Era ella —insistió el joven—. Sargento, yo no había visto nunca a esa mujer, en su estado actual, claro, y ella supo reconocerme. De no ser así, nos habríamos cruzado por la calle, sin mirarnos sirviera, ¿no le parece?

—Hicimos lo mismo con Lya Dumbarton —le recordó el policía— ¿Pudo hablar con ella? —inquirió.

—Muy poco. No recuerda dónde estuvo, pero sí mencionó a un

hombre y dio su descripción física.
—Eso es interesante. ¿Qué aspecto tenía el sujeto?
Colman procuró acordarse de las palabras que había pronunciado Paulina antes de morir.
—Era alto, con barba gris, de collar, pelo abundante y, dijo también, ojos que parecían despedir fuego...
—Si la hipnotizaron, tuvo que creer que, efectivamente, los ojos de ese individuo despedían llamas. ¿Algo más?
—Vestía bata blanca... y eso es todo. Murió inmediatamente, sargento.
—Utilizaremos la computadora, para ver si damos con algún tipo que responda a esas características —dijo Harmel. Meneó la cabeza—. Lo que no me explico es cómo pudo marcharse con ese tipo, sea quien sea...
—A mi se me ha ocurrido una hipótesis. Lo he pensado mucho, sobre todo, después de darme cuenta de que estuvo hipnotizada, como le sucedió a Lya Dumbarton.
—Oigamos esa teoría —solicitó el sargento.
—El ramo de flores —dijo Colman.
Harmel pestañeó.
—¿Usted cree...?
—El repartidor de la floristería subió a esta casa y entregó el ramo, pero salió a poco, porque se había equivocado, según parece. Pero, estoy seguro, ella lo tuvo en sus manos algunos segundos. Sargento, ¿qué hace una mujer previamente cuando alguien le regala flores?
—Las huele, claro... ¡Diablos, el narcótico estaba en las flores:
—Eso creo yo. Ella aspiró el perfume y a los pocos minutos, ya estaba bajo los efectos del narcótico. Recuerde, el repartidor estuvo más tiempo del necesario para reconocer su equivocación.
—Y, además, no entregó las flores en otro departamento de esta casa, sino que volvió a su furgoneta y se marchó.
—Supieron hacerlo muy bien, quienquiera que sea —dijo el joven—. En fin, ahora tiene usted material de trabajo, sargento.
—Un material endiabladamente complicado —se lamentó Harmel.
—Si, me lo figuro. ¿Sabe algo de la mosca gigante?
—Está en manos de los biólogos y no me rendirán a mi el informe directamente. Y ahora que hablamos de la mosca, tengo que decirle algo. Me lo comunicaron por radio mientras venia a esta casa.
—¿Es importante?
—No me gustaría tener que hacerlo y, si usted me hiciera este favor, le quedaría infinitamente agradecido. Ha aparecido David Tewell.
Por las palabras del sargento. Colman adivinó en el acto la suerte que había corrido el padre de Auda.
—Muerto —dijo a media voz.

—Estaba enterrado en el jardín de la casa, Las primeras impresiones apuntan a que murió hace unos siete meses. ¿Se lo dirá usted? —preguntó Harmel ansiosamente

Colman asintió.

—Creo que es mi deber —respondió.

* * *

Auda lloró largo rato al conocer la noticia y luego trató de serenarse.

—Perdóneme, Vic —dijo.

Fue al baño y se lavó la cara un poco, para borrar las huellas del llanto. Mientras, Colman había ido a la cocina y había puesto agua a calentar.

—¿Te o café? —consultó—. Personalmente, yo preferiría, en su estado, café con unas gotas de coñac.

—Seguiré su consejo —dijo Auda, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Sea valiente. Es preciso afrontar los hechos de la vida, por muy desagradables que sean.

—Pero cuesta mucho hacerse a la idea de que ya no se verá al ser querido que se fue para siempre —contestó ella.

—Ante esa idea, sólo cabe resignación. ¿Qué piensa hacer ahora. Auda?

—Bien, imagino que es preciso descender a lo prosaico. Ahora tendré que enfrentarme con diversos aspectos legales... ¿Querrá encargarse de esos problemas?

—Sin ningún inconveniente —accedió Colman—. Haré todo lo que pueda para solucionar sus problemas legales. Aquella casa es suya, pero, me imagino, querrá venderla.

—Desde luego.

—Conozco a. un buen agente de fincas. Le conseguirá un precio justo.

—Tuvo que ser Hegstrom —dijo Auda de pronto.

—¿Qué?

—Digo que fue Hegstrom quien mató a mi padre. Vic.

—¿Cómo puede saberlo?

—En los últimos tiempos, habían sobrevenido dificultades en su asociación. Papá me dijo que estaba muy disgustado con Hegstrom y que, si no rectificaba su conducta, rompería totalmente con él. Pero no quiso darme más detalles, aunque yo pude entender que Hegstrom encaminaba sus investigaciones en un sentido no deseado por mi padre que. a fin de cuentas, sufragaba sus gastos.

—Entiendo. En tal caso, es posible que Hegstrom, furioso por el

anuncio de la ruptura, atacase a su padre y... Luego enterró el cadáver en el jardín...
Auda se estremeció.
—Por favor, Vic —dijo crispadamente.
El joven calló durante unos momentos. Sirvió el café y añadió unas gotas de coñac en el de Auda. Al cabo de un rato, hizo una pregunta:
—Auda, ¿qué aspecto tenía Hegstrom?
—Era bastante alto, fornido, de nariz aguileña, con gafas de cristales muy gruesos... Tendría unos cuarenta y cinco años... Ah, si, era completamente calvo.
—¿Usaba barba?
—No, siempre iba rasurado. ¿Por qué lo pregunta?
Colman hizo un movimiento con la cabeza.
—Se me había ocurrido que... — Pensaba en el hombre que había visto Paulina Beresford, pero las características eran completamente distintas—. No. no tiene importancia.
El teléfono sonó en aquel momento. Auda lo atendió y luego se lo pasó al joven.
—Para usted. Es el sargento Harmel.
—Gracias. ¿Sargento?
—Señor Colman, ya sabemos cómo murió Tewell. Tiene el cráneo hundido. Un martillazo, un buen martillazo, usted ya me entiende.
—Desde luego.
—¿Se lo dirá a la chica?
Colman volvió los ojos hacia Auda. que aguardaba a poca distancia, y asintió.
—Creo que tiene derecho a conocer todos los detalles del caso —respondió.

CAPITULO VII

El ataúd fue descendido a la tumba y los presentes, en el orden debido, arrojaron sendos puñados de tierra. Luego, el sacerdote dijo la última oración y la ceremonia se dio por concluida, rigurosamente vestida de luto, apoyada en el brazo de Colman, Auda inició la marcha hacia la salida del cementerio.
Una mujer, también enlutada, se les acercó de pronto. Colman se sorprendió al reconocerla.
—¡Betty! —exclamó.
—Hola, Vic —dijo la señorita, sonriendo tristemente.
Colman procuró rehacerse.
—Auda, le presento a Betty Gaylor. Era la prometida de McLoo.
—Oh... —murmuró la joven. Tendió una mano hacia Betty—. No sabe cuánto lamento lo ocurrido. Fue por mi culpa...
Betty hizo un gesto negativo.
—Era su trabajo —contestó—. Vic. tengo algo que decirte.
—¿Sí?
—Tú me pediste que procurase recordar si Seth había mencionado algo. Esta mañana me vino a la memoria. No es más que un nombre, pero quizá pueda servirte de algo... Dweetshire, eso es.
Colman apretó los labios. ¿No era en aquel pueblo donde un pescador había sacado del río una mano enganchada en su anzuelo?
—Gracias, Betty. Has sido muy amable, al venir hasta aquí.
La artista hizo un leve movimiento de cabeza.
—No tiene ningún mérito. Señorita Tewell...
Betty se marchó. El sargento Harmel se acercó en aquel momento.
—Tengo noticias para los dos, pero estaba aguardando a que terminasen de hablar con la señorita Gaylor —manifestó—. Hay una persona que desea verles, lo antes posible.
—¿Ocurre algo? —preguntó Colman.
—Es un biólogo... bueno, una mujer, la doctora Gladstone. Si quieren acompañarme, yo mismo les llevaré a su laboratorio.
—Tengo mi coche —alegó el joven.
—Entonces, permitan que les acompañe. Mi ayudante se llevará el coche oficial.
Colman extendió una mano.
—Cuando guste, sargento.

* * *

La doctora Gladstone era una mujer todavía joven, de menos de cuarenta años, bastante guapa y. aunque usaba gafas, no resultaba desfavorecida por ello. Saludó a Harmel con desenvoltura, lo que hizo saber a Colman que la biólogo y el sargento se conocían desde hacía tiempo, y luego estrechó las manos de los dos jóvenes.
—Siéntense —dijo, después de los saludos de rigor—. Tengo que decirles algo importante y, aunque sospecho que mis palabras podrán sorprenderles, también espero de ustedes que me faciliten detalles que puedan ayudarme en mi tarca.
—Nosotros somos legos en la materia, doctora —sonrió Colman— Usted es la científica...
—Si, pero el científico siempre necesita datos que le ayuden a completar su tarea. Bien, ustedes fueron los que encontraron la mosca gigante.
—En efecto, así es.
—¿Estaba viva cuando la vieron por primera vez?
—Si, doctora.
—¿Volaba?
—No. Parecía que quisiera intentarlo. Movía mucho las alas, pero no conseguía alzar el vuelo. Eso duró cosa de un minuto. Luego las patas le fallaron y cayó de lado. A los pocos momentos, se quedó inmóvil.
La doctora Gladstone consultó unos apuntes.
—Si, pudo suceder tal como dicen —murmuró.
—Pero, ¿qué explicación da usted al fenómeno, doctora? —preguntó Auda—. A nosotros nos tiene terriblemente intrigados...
—Estamos en primavera —contestó la bióloga-. Los huevos de la mosca hacen eclosión en esta época del año. La mosca nació... pero, probablemente, no sobrevivió mucho tiempo, horas tal vez. y quizá ni eso.
—Entonces, los huevos son gigantes —se aterró Colman, al comprender el significado de aquellas palabras.
—Puestos por una mosca gigante.
—Doctora, ¿qué las hizo aumentar de tamaño tan desproporcionadamente? —quiso saber la muchacha.
—Hace tiempo, un biólogo e investigador empezó a trabajar sobre el aumento de los seres vivos, animales y vegetales. Una especie de crecimiento acelerado, lo cual, según parece, podría resolver buena parte del problema mundial del hambre.
—Hannah, imagínese» una oveja del tamaño de un buey —rió el sargento.
La doctora no sonrió.
—Septimus, no desvaríe —contestó—. Eso es imposible.
Colman se sintió muy divertido. La doctora y Harmel, parecía que se

conocían desde hacía bastante tiempo, a juzgar por la confianza que existía entre ambos. Ambos se habían llamado por sus respectivos nombres de pila y el de
Harmel, particularmente, era un tanto estrambótico. Pero no lo mostró exteriormente.
—¿Por qué es imposible, Hannah? —preguntó el policía.
—Hay dos razones principales —contestó la interpelada—. Una de ellas se deriva de la estructura del animal o planta anormalmente desarrollado. Es... como si tuviésemos un globito de goma, del que se da a los niños como regalo. El globo tiene un determinado tamaño y. aunque lo hinchemos al máximo, siempre conservará la misma estructura molecular. Un centímetro cuadrado de goma puede estirarse por todas partes y alcanzar una superficie triple o cuádruple, pero siempre habrá la misma cantidad de goma. ¿Lo entienden ahora?
Harmel asintió. Colman movió una mano.
—Creo que si, doctora, Esa mosca gigante que encontramos es, a fin de cuentas, un globito de goma hinchado al máximo.
—Exactamente. Pero, además, aunque se consiguiera que los tejidos orgánicos fuesen tan compactos en el sobredesarrollo como en el estado normal, ese crecimiento, en lugar de resultar beneficioso para la humanidad, resultaría funesto, infinitamente más perjudicial que la situación actual.
—Explíquese. Hannah —pidió Harmel—. Yo no lo entiendo. Si una oveja se vuelve tan grande como una vaca, habrá más cantidad de chuletas, pienso yo.
—Y si la vaca se convierte en un elefante, imagínese la cantidad de filetes que se pueden obtener rió Hannah—. Eso, suponiendo que la carne conservase la misma estructura. Porque, desde luego, en el estado actual de las investigaciones, una chuleta de ese hipotético cordero parecería hecha de oblea y el hueso sería tan endeble como una pequeña espina de pescado, de las que a veces nos tragamos sin daño para nuestro estómago. Pero el caso es —añadió la doctora — que, si se consiguiese la normalidad orgánica en una oveja gigante, los resultados serían devastadores. ¿Se imaginan la cantidad de pasto que necesitaría un rebaño de ovejas tan grandes como bueyes? ¿Qué enormes masas de heno consumirían un rebaño de vacas como elefantes? El suelo quedaría devastado en pocos años y la escasez sobrevendría muchísimo antes.

—Horrible —dijo Colman—. Es mejor que las ovejas y las vacas sigan en su tamaño normal.

Además, y por ejemplo, una espiga de trigo gigante, con estructura idéntica a las actuales, consumiría también enormes cantidades de sustancias minerales contenidas en la tierra. Después de la siega,

pasarían doce o quince años antes de que se pudiera volver a sembrar nuevamente.

— Entonces, esas investigaciones son inútiles —terció Auda.

Ninguna investigación científica es nunca inútil —con testó Hannah sentenciosamente—. Lo que sucede es que resulta necesario encaminarla a fines muy concretos y. sobre todo, beneficiosos.

—En eso estamos de acuerdo, doctora. Pero, ¿quiere decirme si estos trabajos tienen algo que ver con el envejecimiento acelerado de que han sido víctimas, por lo menos» dos personas? —preguntó Colman.

—Es muy probable que sí. En mi opinión, se trata de un procedimiento a la inversa.

—Pero tendrían que quedar reducidos de tamaño y no ha sido así.

—Tal vez supriman algunas sustancias. De todos modos, al envejecer, siempre disminuye algo el tamaño de las personas. Pero, el envejecimiento acelerado, ¿no es disminución también del tiempo de vida?

Colman hizo un gesto de aquiescencia.

—Ese diabólico Hegstrom... Debe de estar loco, no se puede comprender de otra manera —exclamó.

—Lo buscaremos —afirmó Harmel.

Hannah consultó de nuevo sus apuntes.

—Septimus, me alegro de que haya venido, porque quería pedirle un favor —dijo.

—Lo que usted quiera. Hannah.

Colman volvió a sonreír para sus adentros. La doctora y el policía parecían entenderse muy bien. De Harmel sabía que era un solterón empedernido, pero Hannah tenía aún los suficientes encantos para arrancarle de su soltería. Ella, su puso, si no era soltera, estaría divorciada... o quizá era viuda, con ganas de reincidir.

—Necesito ir a la casa donde Hegstrom tuvo su laboratorio —manifestó Hannah.

—Aquí tiene a la dueña —contestó Harmel—. Pídale permiso a ella.

—Lo tiene —dijo Auda—. Pero, ¿por qué quiere ir a una casa deshabitada?

Hannah la miró fijamente durante unos segundos.

—Sospecho que el huevo de que nació la mosca gigante no era el único —contestó por fin.

Colman dio un salto en el asiento.

—¿Cree que puede haber... más moscas?

—Si permanecemos aquí sentados, no tendremos ocasión de saberlo —dijo Hannah muy seria.

* * *

El coche se detuvo frente al descuidado jardín. En un rincón se divisaba un montón de tierra, rectangular, con todo el aspecto de haber sido removida recientemente.

Auda lo vio y se estremeció. Colman, comprensivo, la sujetó por un brazo.

Hannah y el sargento caminaban tras ellos. Harmel se sentía intrigado.

—¿Cree posible que haya más moscas? —preguntó.

—Casi seguro. La primavera se ha anticipado y, aunque estos días ha llovido, las temperaturas fueron superiores a las normales.

—Bueno, supongo que si la plaga se extiende, los fabricantes de palas matamoscas tendrán que hacerlas de tamaño gigante —dijo Harmel maliciosamente.

Colman llegó hasta la puerta, que había sido cerrada con un simple candado. Auda tenía la llave y la buscó en su bolso.

De pronto. Colman creyó percibir un extraño zumbido.

El candado no permitía un exacto ajuste de la puerta al marco y, a través de las ranuras, se oía aquel sonido nada agradable. Colman sintió un escalofrío.

De repente, Hannah lanzó un grito.

—¡No abran!

Colman se volvió. Hannah estaba junto a una ventana, mirando a través de los cristales polvorientos. El policía se hallaba a su lado y su rostro era la viva estampa del asombro más profundo.

Pero también había horror en su expresión. Súbitamente, algo chocó fuertemente contra el cristal y lo hizo vibrar con tonos amenazadores.

Hannah y el sargento retrocedieron instintivamente. Colman corrió hacia la ventana, miró al otro lado y sintió que los pelos se le ponían de punta.

Decenas, centenares de moscas gigantes, revoloteaban pesadamente por el interior de la casa. Era un espectáculo horripilante, una pesadilla vista en estado de vigilia plena, algo realmente inconcebible y que no habría creído que fuese posible jamás, de no estar contemplándolo con sus propios ojos.

Dos moscas se lanzaron contra la ventana y los cristales vibraron ominosamente. Hannah se volvió hacia el sargento.

—Septimus, llama adonde sea —exclamó—. Haz que venga un equipo de desinfección con mangueras abundantes... Cianhídrico, ¿comprendes? Es lo único que puede derrotar a estos insectos.

—Buscaré un teléfono —contestó el sargento, a la vez que echaba a correr.

Colman se volvió hacia la bióloga.

—¿Hay peligro, doctora? —preguntó.

—La vida de estos insectos, probablemente, será muy breve, pero no morirán sin que antes se hayan aparcado y puesto millares de huevos. —Contestó Hannah sombríamente.

Otra mosca chocó contra un vidrio y lo agrietó. Auda lanzó un chillido de espanto.

CAPITULO VIII

Colman se sintió aterrado. Si aquellos monstruosos insectos escapaban, ¿qué catástrofe se produciría?

Aunque su vida fuese muy breve, si duraba el tiempo suficiente para que las moscas pudieran reproducirse, la plaga se extendería inconteniblemente. Millones de moscas morirían antes del término natural de su existencia, pero otros millones las relevarían inmediatamente y...

Aunque el insecto pesara poco, el volumen le hacía peligroso. Colman buscó algo para defenderse de un posible ataque. Encontró una rama seca, bastante gruesa, tirada en el suelo, y volvió a la ventana.

Por el momento, no parecía que las moscas insistiesen. Era una lástima, se dijo, que las ventanas de la casa no tuvieran postigos externos.

—Estoy viendo un cobertizo al fondo —dijo Hannah de pronto—. Auda, venga conmigo.

Las dos mujeres se alejaron a la carrera. Repentinamente, se oyó un fuerte estallido de vidrios.

Colman se volvió hacia su izquierda. Uno de los cristales había saltado, pero el orificio abierto era muy pequeño y la mosca no podía salir, pese a los desesperados esfuerzos que hacía para conseguir la libertad.

De pronto, una de las astillas de vidrio rasgó el abdomen de la bestia. El insecto cayó hacia atrás, aleteando desesperadamente. Otro se precipitó con furia ciega contra la ventana y destruyó el cristal completo. Pero el impacto le retrasó y Colman tuvo tiempo de abatirlo con un buen porrazo

Sin embargo, podían salir más moscas y la situación se hacía crítica por momentos. Colman mató a dos más. Luego, desesperado, buscó algo para tapar el hueco. Frenéticamente, arrancó un arbusto y lo empujó hacia el lugar donde faltaba el vidrio.

Auda y la doctora llegaron con unas tablas viejas.

—Esto es lo único que hemos podido encontrar —declaró Hannah —. Taparemos las ventanas como se pueda.

—Hay un primer piso —indicó Auda.

Colman elevó la vista hacia las ventanas superiores.

—¿Hay postigos? —preguntó.

—Arriba, si —contestó Auda.

—Bien, voy a entrar...

Hannah puso una mano en su brazo.

—No lo haga, Vic.

—¿Por qué? Puedo correr y, en cuatro zancadas, llegar al primer piso sin dificultad.

Hannah tiró de él y le acercó a la ventana.

—Mire —exclamó—. No le causarían daños físicos, pero cientos de ellas podrían cerrarle el paso. Tal vez sus instintos agresivos se hayan exacerbado. Podrían acumularse sobre su cuerpo y, aunque no le aplastarían con su peso, le asfixiarían, sin duda alguna.

Colman apretó los labios. El interior de la casa era un maremágnum de insectos gigantes que se movían enloquecidamente de un lado para otro.

De repente, Auda lanzó una exclamación:

—¡Las chimeneas!

Hannah se puso pálida. Por encima del tejado, asomaban las estructuras de salida de humo de tres chimeneas, por lo menos.

—Las moscas pueden trepar por los cañones y, si llegan al exterior...

—Voy a ver si puedo evitarlo —dijo Colman—. Auda, en mi coche hay una manta. Doctora, procure asegurar las ventanas como pueda.

El joven echó a correr. En ningún cobertizo de jardinería, se dijo, faltaba una escalera de mano, la encontró, cargó con ella y se dispuso a salir. Entonces vio algo que llamó su atención.

Llevó la escalera hasta el muro y regresó al cobertizo. Había allí una lata, cuyo contenido olfateó. Satisfecho, agarró todos los trapos viejos que había en un rincón y, con todo ello en las manos, volvió a la casa.

Hannah comprendió sus intenciones.

—Ahúmelas —dijo lacónicamente.

Colman trepó al tejado y se acercó a la primera chimenea. En aquel momento, asomaba una mosca.

El joven sintió horror al ver la cabeza con sus ojos facetados a menos de treinta centímetros de distancia. Cada uno de los ojos era tan grande como la uña de su pulgar y, en los miles de pupilas, creyó captar ondas de furia infinita.

Golpeó la cabeza con el puño y el insecto cayó a plomo por el tubo. Del fondo de la chimenea se alzó un zumbido colérico, emitido por decenas de moscas que ansiaban escapar por aquella vía que ahora adivinaban les iba a ser cortada.

Colman vertió un poco de petróleo en un puñado de trapos. les prendió fuego y lo dejó caer por el cañón de la chimenea. En aquel momento, Auda asomó por el extremo de la chimenea.

—La manta, Vic.

Colman alargó la mano y rasgó la manta en tres partes. El humo, insoportablemente hediondo, salía ya por la chimenea, pero cesó cuando puso el trozo de manta sobre el hueco.

—¡Bravo, Vic! — gritó Hannah desde el suelo.

El joven repitió la operación en las otras dos chimeneas. La casa empezó a llenarse de humo.

—Y este condenado Septimus, que no aparece... —dijo Hannah furiosa—. Vic, Auda, tendremos que asegurar las ventanas como sea. Las moscas enloquecerán cuando noten el humo.

—Destrozaremos el cobertizo, si es preciso —contestó Colman—. ¡Vamos allá, rápido!

Durante unos minutos, trabajaron febrilmente. Harmel llegó en aquel momento.

—Septimus, ¿te fuiste a telefonear a las antípodas? —exclamó Hannah.

—No te ofendas, doctora. Alguien vendrá... no se si los camiones del servicio de fumigación o una ambulancia del manicomio para mi — contestó Harmel—. Espero que tu nombre sea una garantía, Hannah.

—¿Lo has mencionado?

—No querían creerme.

—Está bien, luego hablaremos. Ahora ayúdanos...

Pero, contra los temores del sargento, no vino la ambulancia del manicomio, para encerrarlos, sino que llegaron dos camiones, cisternas con gas suficiente para inundar la casa y matar a todas las moscas.

—Habrán pasado mucho miedo —dijo el jefe del servicio de fumigación cuando todo había terminado.

—No lo crea —contestó Colman—. Va no lo sentíamos en absoluto, porque estábamos más allá del miedo.

El hombre le miró extrañado y luego, con un encogimiento de hombros, se alejó. Colman puso una mano en el hombro del sargento.

—Estoy mortalmente cansado y necesito quitarme toda la mugre de encima con un buen baño. Nos veremos mañana.

—De acuerdo — contestó Harmel.

—Auda, te llevare a tu casa —añadió el joven.

—Gracias. Adiós, doctora. Sargento...

Cuando estuvieron en el coche. Colman dijo:

—Mañana iré a hablar contigo. Quiero proponerte un viaje.

—¿Adónde, Vic?

—A Dweetshire. ¿Qué te parece la idea?

—Para investigar y tratar de encontrar a Hegstrom.

—Exactamente.

—No es necesario que me digas más. ¿A qué hora vendrás a buscarme?

Colman sonrió.

—¿Me invitas a desayunar contigo?

—Cuando llegues, el desayuno estará sobre la mesa —respondió la muchacha.

Después de dejar a Auda en su casa. Colman regresó a la suya. Abrió la puerta y lo primero que vio fue una caja cuadrada de cartón, encima de una mesa.

Frunció el corto. Alguien había dejado allí una caja, cuyo aspecto se le hizo sospechoso en el acto.

Tras unos segundos de reflexión, fue al teléfono y llamó al conserje.

—Soy Colman —dijo—. Peter, ¿quien ha traído la caja que estoy viendo en mi sala?

—Vino un hombre y me la entregó para usted —respondió el conserje—. Como me tiene ordenado que le deje cualquier encargo, usé la llave maestra y...

—Está bien, Peter, lo comprendo. ¿Sabe quién era el hombre?

—No le había visto en mi vida, aunque sí me pareció un tipo muy raro, señor Colman.

—¿Raro? ¿Por qué?

—Bueno... era muy alto y tenía barba de collar, con muchas canas... Los ojos le brillaban extraordinariamente. Parecían dos brasas...

Colman se puso rígido. Era el mismo individuo que había visto Paulina durante el tiempo en que había permanecido encerrada en algún lugar desconocido.

—Está bien. Peter, muchas gracias

Colgó el teléfono y regresó junto a la mesa. Cada vez se mentía más receloso. La caja era grande, cúbica, casi de me metro de lado. ¿Qué demonios había allí adentro?, se peguntó.

Al cabo de unos momentos, creyó haber encontrado la solución para averiguar lo que había en la caja, sin correr riesgos innecesarios. La había sopesado con ambas manos y encontró que era muy ligera. Por tanto, la idea de una bomba podía ser excluida.

Fue a la cocina y buscó un cuchillo muy afilado. Luego se encaminó al cuarto de huéspedes, apenas si era usado. Abrió la ventana y, con la punta del cuchillo, trabajó lo suficiente hasta separar uno de los vidrios. Con el cuchillo y el cristal en las manos, regresó a la sala.

Inmediatamente, empezó a cortar el cartón de uno de los lados, a fin de practicar una abertura rectangular de unos treinta centímetros de largo por la mitad de ancho, suficiente, estimó, para ver lo que había en el interior de la caja.

Pegó el cristal al cartón, haciéndolo avanzar a medida que progresaba en los cortes. Cuando había llegado a poco más de la mitad, vio la cosa y sintió unas horribles arcadas.

El ciempiés era monstruoso. No cabía por completo en la caja y tenía que estar curvado casi en semicírculo, pero movía sus patas

furiosamente, como protestando del encierro a que estaba sometido. Colman pensó que, en su tamaño natural, la picadura seria simplemente urticante, aunque dolorosa. Pero ahora podía morir.

Procuró evitar que la bestia saliera de su cárcel, llevó la caja a la bañera, puso encima el taburete metálico de baño y abrió los grifos.

Mientas se llenaba la bañera, pensó que sólo podría ducharse, en lugar del baño relajante que había esperado tomar a su llegada. Pero también necesitaba otra cosa y se tomó un buen vaso de whisky.

* * *

—El hombre que mató a Paulina, envejeciéndola, me envió ayer un aviso de muerte —dijo Colman al día siguiente.

Auda estaba acomodándose apenas en el coche y se sobresaltó al oír aquellas palabras.

—¿Un anónimo?

—Si, así podría definirse, aunque ya conocemos el remitente —contestó irónicamente,

—¿Por qué no me lo has dicho mientras desayunábamos? —No me pareció prudente. Auda.

—¿Cómo...? ¿Qué clase de anónimo era, Vic?—Un ciempiés de medio metro de largo. Por eso no quise estropearte el desayuno.

—Debía de ser algo horrible —se estremeció ella—. ¿Lo mataste? No me expliques cómo... Dime solamente la forma en que evitaste...

—Cuando llegué a casa, me encontré con una caja bastante grande, pero sin embargo, pesaba relativamente poco. Llamé al conserje y me dijo que la había traído un sujeto de las características de Hegstrom. Eso ya me puso en guardia. Entonces cogí un cuchillo, abrí una abertura lateral, pero la protegí con un vidrio. El miriápodo, por tanto no pudo escapar y lo ahogué luego en la bañera. La doctora Gladstone lo recibirá esta misma mañana.

—Es espantoso —dijo Auda—. Significa que Hegstrom sabe que tú andas tras su pista...

—Suponiendo que el tipo de la barba de collar sea Hegstrom.

—Es verdad. No se le parece en nada. Vic.

—Pero ha podido cambiar su aspecto. Y, quizá, hasta de nombre.

—¿Tú crees?

—En su lugar yo lo habría hecho así. Desapareció por motivos que no comprendemos del todo, aunque yo me imagino que los aires de Londres ya no le sientan bien. Ahora anda por las inmediaciones de Dweetshire, continuando sus experimentos en algún lugar que, espero, podamos encontrar.

—Si lo encontramos, ¿qué harás, Vic?
—El resto será cosa de Septimus Harmel.
—Si, es lógico. ¿Le has dicho algo sobre nuestro viaje?
—No. Quizá no le habría gustado. En cuanto sepamos algo, le llamaré por teléfono.
—Vic, ¿por qué crees que Hegstrom huyó de Londres? —preguntó la joven —Entre otras cosas, porque mató a tu padre.
Ella guardó silencio unos momentos. Al cabo de un rato, dijo:
—Lo difícil será probar que ese asesinato lo cometió él.
—El arma homicida fue enterrada junio a la víctima Hegstrom estaba tan seguro de que no encontrarían jamás a tu padre, que ni siquiera se preocupó de limpiar las huellas dactilares con las que cometió su crimen.
—Deseo fervientemente que sea castigado, pero más que por la muerte de mi padre, por la de esas dos pobres mujeres, que murieron horriblemente envejecidas —dijo Auda
—Se lo merece, sin duda. Y ahora sólo tenemos que resolver un problema, después de localizarle, claro está.
—¿Qué problema. Vic?
—Comprobar si el hombre de la barba de collar gris es Hegstrom.

CAPITULO IX

Había pasado ya el mediodía cuando llegaron a Dweetshire, una pequeña población de encantador aspecto, situada en una comarca de hermosos paisajes con suaves colinas y verdes prados, entre los que abundaban los arboles. Al otro lado del pueblo se divisaban las plateadas aguas del rio, que describía una gran curva en torno al conjunto de casas, para perderse luego hacia el sudeste.

Colman vio el anuncio de una posada y paró el coche frente a la puerta.

—Creo que deberíamos tomar un bocado —propuso.

—Buena idea, Estoy muerta de hambre —confesó Auda.

El interior de la posada era acogedor, rústico, pero limpio. Colman pidió dos habitaciones y, luego de asearse un poco, bajaron al comedor. Una camarera les sirvió la comida. Colman le preguntó más tarde si conocía a Harry Sheard.

—Es mi padre —respondió la sirvienta—. ¿Puedo saber para qué le buscan ustedes?

—Nos interesa hablar con él acerca de la mano que pescó hace algunos días —respondió Colman.

—El dueño de la mano era amigo nuestro —agregó Auda.

La camarera asintió.

—Voy a llamarle —dijo—. Vendrá enseguida.

—Gracias.

Veinte minutos más tarde, un hombre entró en el comedor. Colman pidió a la sirvienta que le trajese una buena jarra de cerveza.

—Añádele un doble de lo fino —pidió Sheard.

—Si, padre.

La camarera se llamaba Elspeth y era simpática y graciosa. Después de traer la cerveza y el whisky, bebidas ambas que Sheard mezcló cuidadosamente, se quedó en pie junto a la mesa, ávida de escuchar lo que allí se iba a decir.

—De modo que eran amigos del hombre que perdió una mano —dijo Sheard por fin, tras un largo silencio.

—Creemos que perdió algo más que una mano —contestó Colman.

—Si murió, no se ha encontrado su cuerpo, señor.

—Se rastreó la comarca a fondo, pero todo resultó inútil —añadió Elspeth.

Colman se acarició la mandíbula. Sheard. se dijo, no agregaría ya más detalles a los que había facilitado a la policía.

—Una pregunta —dijo de pronto— ¿Alguno de los dos ha visto en alguna ocasión a un hombre alto, con pelo abundante y barba de collar, ya gris?

Elspeth y su padre cambiaron una mirada y luego negaron al mismo tiempo.
—No conocemos a ese hombre —respondió Sheard.
—Esta es la única posada del pueblo. Creo que habría entrado aquí a tomar algo, si viviese cerca —dijo la camarera
—No sabemos cómo llegó la mano hasta el remanso. Quizá vino de muy lejos...
—Pero estaba en el rio —dijo Colman.
—No lo olvidaré jamás —Sheard se atizó otro buen trago de la jarra —. Cada vez que lo recuerdo, me entran sudores.
—Es lógico —convino el joven sonriendo—. Señor Sheard, ¿le gustaría acompañarnos hasta el Jugar donde pescó la mano?
—Le compensaremos por las molestias —añadió Auda
Sheard vació la jarra y se puso en pie.
—Vengan —dijo—. No está muy lejos, apenas media milla.
—Iremos a pie, así estiraremos las piernas —dijo Colman.
Salieron de la posada. Jumo al coche había un hombre que parecía muy preocupado por algún aspecto del vehículo. Al ver a las tres personas que aparecían en el umbral, se irguió rápidamente.
Colman frunció el ceño. El hombre levantó las manos, a la vez que sonreía.
—No soy un ladrón — dijo- . Simplemente, sentía curiosidad por contemplar este coche... El último modelo de Jaguar, si no me equivoco.
—En efecto —contestó Colman secamente.
—Casi seis litros, cambio automático, cien kilómetros de velocidad en seis segundos... Un buen coche, sí, señor Adiós, señores.
El hombre subió a una moto que tenía a poca distancia y se marchó envuelto de ruidosos petardeos. Colman se volvió hacia Sheard.
—¿Quién es? —preguntó.
—No lo sé, no le conozco —respondió el interpelado.
—¿Te falta algo? -preguntó Auda.
Colman examinó el coche rápidamente.
—Hay un garaje y se le puede cerrar bajo llave —dijo Elspeth desde la puerta.
—Excelente idea —aprobó el joven.
Después de guardar el coche, iniciaron la marcha hacia el remanso. Al llegar allí, Sheard les indicó exactamente el punto en que se hallaba, cuando sacó la mano de McLoo enganchada en el anzuelo.
Colman recorrió la orilla en ambos sentidos durante unos minutos. Luego tendió la vista hacia el túnel de verdor en el que parecía perderse el arroyo que, en aquellos parajes, era ya un río.
La corriente se dirigía casi hacia el Norte. Pensativo. Colman se pellizcó el labio inferior.

—La mano llegó hasta aquí y es de presumir que no lo haría contra corriente —dijo al cabo de un rato.
—El Dweetty aquí es muy manso, pero a un par de millas aguas arriba, la corriente es muy rápida. Entonces circula entre las colinas y a veces hay saltos de tres y cuatro metros de altura. Eso durante más de veinte millas, con muy escasos remansos —explico Sheard.
—¿Se puede ir en coche cerca de la orilla? —preguntó Colman.
—Con un todo terreno, tal vez. Pero yo no se lo aconsejaría. Si se quiere ver el paisaje de veras, lo mejor es caminar.
Colman se volvió hacia la muchacha.
—¿Qué opinas de una excursión a pie? —consultó.
—¿Las cuarenta millas, esto es, ida y vuelta en una jornada? —se asustó Auda.
—Podríamos hacer mañana la mitad del trayecto y regresar. Luego, al otro día, iríamos en coche hasta cerca del lugar donde nos volvamos y continuaremos hasta el final.
—En total, veinte millas por jornada.
—Más o menos.
Auda suspiró.
—En tiempos, me agradaban las excursiones a pie pero ahora estoy un poco desentrenada. De todas formas, hay que hacerlo, Vic.
—Muy bien. Saldremos temprano y haremos que Elspeth nos prepare comida y algo de beber. Compraremos en el pueblo una mochila y un par de termos...
—El tiempo es estupendo —sonrió Auda—. Resultará una excursión muy agradable.
«Aunque los motivos no lo son, en absoluto. Con toda seguridad. Hegstrom está al final de este viaje», pensó.

* * *

—Y dices que el abogado y la chica están en Dweetshire.
—Si, señor —contestó Brod Wilkins—. Vi un Jaguar frente a la posada, cuando regresaba, y me picó la curiosidad.
Cuando me paré para ver a quien pertenecía, ellos salían con el hombre que pescó la mano de McLoo.
—Me están buscando, no cabe duda —dijo Hegstrom pensativamente.
—Puede resultarle perjudicial, profesor.
—Tal vez no, si actuamos con inteligencia. Colman es también muy inteligente: por eso, sin duda, escapó al ciempiés.
Hegstrom dio unos cuantos pasos por la habitación. Luego, de

pronto, se volvió hacia su interlocutor.

—Brod, ¿dónde está Ernie Mill?

—Cuidando de la paciente, sin duda. ¿Quiere que le llame?

—No, déjalo, lo veré más tarde. Tú y yo vamos a preparar ahora un nuevo envío para ese abogado entrometido. Se va a acordar de esta, créeme.

Wilkins sonrió torvamente.

—Seguramente, no le quedará mucho tiempo para acordarse —dijo—. ¿Qué piensa enviarle, profesor?

—Ven y lo sabrás.

Momentos más tarde. Wilkins estaba frente a una jaula de malla metálica, en cuyo interior había un ser de pesadilla. Al verlo, sintió que la frente se le cubría de sudor.

—¡Dios, que bestia...!

Se la llevarás esta misma noche —dijo Hegstrom—. Ten cuidado no salga antes de tiempo.

—Ya lo creo que tendré cuidado —contestó Wilkins—. Pero ¿cómo sabré dónde debo dejarla?

—Aguarda un momento y lo verás. Acompáñame a mi despacho.

Antes de salir de aquella estancia. Wilkins arrojó una aprensiva mirada a la colección de bestias feroces que esta han encerradas en sus jaulas. «Si no fuera por el sueldo que me pagan...», pensó.

Una vez en el despacho, Hegstrom levantó el teléfono y marcó un número. A los pocos momentos, dijo:

—Perdone, soy Harmel, del Yard. Sé que el abogado Colman está ahí. ¿Puede indicarme su habitación?

—Es la número siete, señor —respondió Elspeth—. ¿Quiere que lo llame?

—No, no es necesario. Sólo quería confirmar que está ahí, en Dweetshire. Gracias, señorita.

Hegstrom colgó el teléfono y se volvió sonriendo hacia su acólito.

—Habitación número siete —dijo lacónicamente.

Wilkins asintió.

—Enterado —contestó, no menos escueto.

Un hombre entró de pronto en el despacho.

—Profesor, la paciente está preparada —anunció.

—Muy bien, muchas gracias, Ernie —contestó Hegstrom—. Luego iré a verla. Ahora tenemos que ocuparnos de algo más urgente. Brod, ¿cómo piensas llevar el regalito para el abogado?

—En la moto, claro. Para mí es lo más cómodo. Puedo sujetar la caja perfectamente en el sillín, profesor.

—Hace demasiado ruido.

—Llegaré en punto muerto. Además, no me bajaré precisamente frente a la posada.

—Está bien. Vamos, Brod.
—¿Puedo acompañarles? —consultó Mill.
—Claro, hombre.
Aquella noche, a la hora de la cena. Elspeth dio aviso a los huéspedes.
—El sargento Harmel llamó preguntando por usted, señor Colman.
—¿Harmel? —se asombró el joven-. ¿Qué quería, Elspeth?
—No lo dijo, señor. Yo le pregunté si quería que usted le llamase, pero él me respondió que sólo deseaba confirmar su estancia en Dweetshire. Ah, sí, también me preguntó por el número de su habitación, pero eso fue todo, señor.
Colman se sintió muy preocupado al conocer la noticia.
—¿Cómo se habrá enterado de que estoy en Dweetshire?
—Quizá fue a tu casa y, al ver que no estabas, decidió llamar aquí —opinó la muchacha.
—No —contradijo él—. De no estar en casa, yo podría hallarme en otra parte de Londres, en alguna gestión o, simplemente, haciéndote compañía Sólo a estas horas podría preocuparse, de no encontrarme en casa. Elspeth, ¿a qué hora llamó el sargento?
—Sobre las cinco, más o menos, señor.
Colman consultó su reloj.
—Son las ocho. Tal vez vuelva a llamar a mi casa...
—¡Pero si sabe que estás aquí! —exclamó Auda.
El joven se puso en pie.
—Ahora lo comprobaré —aseguró.
Diez minutos más tarde, volvía a la mesa. Auda se sintió aprensiva al ver la expresión que aparecía en el rostro del joven.
—Harmel no ha llamado a la posada —dijo Colman.
—Entonces fue otro...
—Sí, alguien que quería saber exactamente la habitación en que me hospedo —Colman se volvió hacia la camarera— Elspeth, cambiaré de cuarto —decidió.
—Muy bien, señor. Puedo darle el número cinco, al otro lado de la habitación de la señorita Auda.
—Excelente, muchas gracias —Colman se volvió hacia la muchacha —. Auda, ¿sabes lo que significa esto?
—Hegstrom está cerca —contestó ella.
—Sí, sabe que andamos tras sus huellas y trata de prevenirse.
—Pero, ¿cómo puede saberlo...?
—Querida, Hegstrom no puede hacerlo todo. Inexorablemente, necesita cómplices, que le tengan bien informado de nuestras andanzas y que realicen algunas cosas que él no puede hacer personalmente. Uno de esos cómplices pudo ser el que llevó el ramo de flores narcotizado a Paulina Beresford. Y otro, suponiendo que no

sea el mismo, debe de ser el su jeto que andaba curioseando en mi coche.
—El tipo al que le gustan los Jaguar último modelo —sonrió Auda.
—Exactamente —confirmó Colman.

CAPITULO X

La carretera hacia una leve pendiente y Wilkins pudo cubrir los últimos mil metros en completo silencio, parado el motor y en punto muerto. Para mayor seguridad, apagó el faro. Había luna y daba la suficiente luz para rodar sin peligro, aparte de que procuraba frenar de cuando en cuando, a fin de evitar que la motocicleta adquiriese una velocidad peligrosa

A unos cuatrocientos metros del pueblo, desvió la motocicleta hacia la derecha y se detuvo en un pequeño prado. No lejos de él. la luna se reflejaba en las tranquilas aguas del Dweetty.

Una vez se hubo parado, se apeó de la moto y empezó a soltar las correas que sujetaban la caja al pequeño portaequipajes situado tras el sillín. La caja era grande, de casi setenta centímetros de lado, y estaba hecha de madera, con una tapa que se sujetaba mediante unas bisagras y una presilla.

Dentro de la caja, algo se agitó malhumoradamente. Wilkins sintió que la frente se le cubría de un sudor frío. Maldijo entre dientes, pero procuró rehacerse y se apresuró a terminar su tarea.

Wilkins trabajaba febrilmente, sin haberse percatado de que había cometido un grave error. La motocicleta se hallaba en un prado, blando y húmedo. Una de las patas del soporte cedió de pronto y el pequeño vehículo se volcó

Sonó una terrible maldición. Wilkins quiso esquivar la motocicleta, pero actuó con retraso y la máquina le cayó encima de las piernas. Un grito sofocado se escapó de sus labios al sentir el tremendo golpe, que le causó un vivísimo dolor.

La pierna derecha, sobre todo, le dolía horriblemente. Wilkins empezó a sospechar que se había roto un hueso. A pesar de todo, hizo esfuerzos por librarse del peso que le inmovilizaba contra la hierba. Como fuese, enderezaría la moto y regresaría para que Hegstrom le curase.

De repente, sintió en la mejilla un contacto suave, plumoso. Volvió la cabeza y se sintió lleno de pánico al ver la enorme araña que estaba junto a él

En una fracción de segundo, comprendió lo ocurrido. Al volcar la motocicleta, la caja se había caído y la tapa abierto al golpe. La araña se había escapado y ahora agitaba sus patas, como si quisiera acariciarle el rostro.

Aterrado. Wilkins intentó apartar al animal de un manotazo. Lo consiguió, en parte, pero también lo enfureció.

La araña atacó.

Un horrible alarido rasgó la noche. Wilkins se debatió

frenéticamente durante unos minutos. Luego, poco a poco, se quedó quieto.

El arácnido, cumplida su mortífera labor, se apartó del cuerpo de su víctima. Movía las patas lenta, pesadamente, y se encaminaba hacia el rio.

En su cuarto. Colman despertó sobresaltado. Creía haber oído un grito lejano. Escuchó unos momentos y, al ver que no percibía más que silencio, se volvió del otro lado y reanudó el sueño interrumpido.

* * *

—¿Todo normal? —preguntó Auda por la mañana, cuando se reunió con el joven en el comedor.

—Todo normal —sonrió Colman—. Incluso en la habitación número siete. Nadie ha estado allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Dejé la ventana abierta y esparcí un poco de polvos de talco por el suelo. No hay huellas de pies humanos ni de patitas de ciempiés gigantes.

—Eres un tipo astuto —rió ella.

Después de desayunar, se dispusieron a emprender la marcha, adecuadamente equipados con ropas y calzados que habían comprado la víspera en el mismo pueblo. Colman se cargó una mochila a la espalda y, acompañado por Auda, emprendió la marcha inmediatamente.

Harry Sheard les vio salir de la posada y se acercó para ver un momento a su hija.

—Van de excursión —dijo Elspeth—. Volverán a la noche.

—¿Aún siguen buscando a McLoo?

—Lo que quede de él, supongo. ¿Quieres un poco de café, padre?

—No, gracias. Voy a preparar los trastos de pesca. Me iré un rato al remanso.

—Cuidado con pescar otra mano —rio Elspeth.

Sheard soltó un bufido.

—Esas cosas no pasan a diario, muchacha.

—Claro, claro. Bueno, padre, yo tengo trabajo. Mire a ver si se trae unas cuantas truchas para que los huéspedes tengan buena cena por la noche.

—Lo intentaré. Adiós. Elspeth.

Pasado el mediodía. Colman hizo un alto a la sombra de un árbol. El Dweetty pasaba cerca y la corriente era allí muy impetuosa, debido a la estrechez del cauce y a las numerosas rocas que lo

salpicaban por todas partes.

—Un paraje maravilloso —dijo, después de quitarse la mochila de la espalda—. Auda, ¿cerveza fría, té o café?

—Por ahora, té, gracias. En estos momentos, no tengo mucho apetito.

—Comeremos algo más tarde. Aún podemos remontar un par de millas. Entonces, tomaremos una marcación, a fin de continuar mañana desde el punto en que vayamos a emprender el regreso.

—McLoo tuvo que morir cerca del Dweetty —dijo Auda pensativamente—. Por tamo, el escondite de Hegstrom no está demasiado lejos del rio.

—Una deducción correcta —aprobó Colman.

Lucia un sol espléndido. Al cabo de un rato. Colman sintió que un vivo reflejo hería sus retinas.

Los rayos del sol daban en un objeto metálico, situado a unos ciento cincuenta metros del lugar en que se hallaban, cosa que antes no sucedía, dada la distinta situación del astro en su carrera diurna. El reflejo se acentuó y Auda también lo notó.

—¿Que será eso? —murmuró él.

Algún trozo de vidrio, una botella...

Colman se levantó.

—No podemos pasar por alto el menor detalle —dijo.

Auda le siguió. Momentos después, lanzaba una exclamación de asombro al ver el automóvil volcado, no lejos del arroyo y casi cubierto por la maleza que abundaba en aquel lugar.

Alguien sufrió un accidente —dijo—. ¿Se ve gente en el interior, Vic?

Colman apartó los ramajes que le estorbaban y se acercó al coche.

—No hay nadie —dijo.

Auda señaló con la mano un determinado punto.

—Cayó por ese terraplén tan empinado, sin duda. La carretera está a poca distancia... pero eso debió de pasar ha ce tiempo ya.

—No lo creas. No hay el menor rastro de óxido en las partes metálicas. Hay cristales rotos, desde luego, pero la carrocería, en los lugares en que no está abollada o desgarrada, parece aún brillante. Estoy por asegurar que este coche cayó aquí no hace más de dos días.

—En el pueblo no hay noticias de un accidente, que yo sepa, Vic.

Colman no contestó. El coche parecía conocido.

Obedeciendo a un impulso repentino, abrió una portezuela y se coló en el interior. A los pocos momentos, salía con unos papeles en la mano.

—Ya me parecía a mi que había visto antes este coche —dijo—. Pertenece a una conocida mía, de la que hace bastante tiempo no tengo noticias. Claro que tampoco me he preocupado por saber de

ella...

—¿De verdad la conoces. Vic?

—Se llama Eunice Boxton y...

Colman se calló de pronto. Auda le observaba con gran atención.

—Tú sospechas algo dijo

El joven asintió.

—Se llama Eunice Boxton y tiene unos treinta artos, es muy hermosa, rica y divorciada.

Auda se puso pálida.

—Más o menos. como Lya y Paulina.

—Si. Francamente, temo que le haya pasado algo...

De pronto. Colman se echó a andar.

—Vamos, regresemos a Dweetshire —dijo—. Tengo que hablar con Harmel.

—Le vas a pedir que averigüe si Eunice está en Londres —adivinó la muchacha.

—Exactamente.

—Porque si no está allí, es muy posible que haya caído en las garras de Hegstrom.

—Auda, si te he de ser sincero, sospecho que lo que acabas de decir es la pura verdad —contestó el joven dramáticamente.

* * *

Extendidas sobre la hierba, había media docena de hermosas truchas. Harry Sheard se dijo que ya tenía bastante por hoy. Sin embargo, antes de regresar, cargó la pipa, para fumarla en el trayecto de vuelta. Aún tenía el anzuelo en el agua.

El flotador se movió de pronto.

—Bueno, si has sido tan tonta de picar a última hora, acabarás en la sartén dijo, con la pipa entre los dientes, mientras tiraba de la caña.

Algo salió del agua prendido en el anzuelo. El ser estaba muerto, no cabía duda, pero su aspecto resultaba horripilante.

Sheard abrió la boca se le cayó la pipa y el tabaco encendido se disperso por sus pantalones Entonces reaccionó y empezó a golpearse con las manos para apagar las pequeñas brasas, mientras emitía una larga sarta de juramentos. Al cabo de un rato, volvió a la normalidad y entonces se recobró lo suficiente para acercarse a la monstruosa araña que yacía inmóvil junto a la hierba.

El animal tenía las patas replegadas. Vivo, pensó Sheard, debía haber ofrecido un aspecto aterrador, de casi medio metro de largo. Se preguntó si su picadura resultaría mortal.

Durante unos momentos, permaneció indeciso. Luego se rehízo, tiró de la caña, arrastro la araña hasta dejarla a unos metros de la orilla y tras cortar el hilo, recogió todos los trebejos y puso las truchas en la cesta.

—Se lo diré al señor Colman —murmuró, mientras caminaba con paso vivo hacia el pueblo— Pero no se lo contare a nadie más: sólo faltaría que dijese por ahí que he pescado una araña gigante. Hace unos días, una mano, ahora, una araña como un perro... Me pondrían una camisa de fuerza...

Sheard se alejó, sin darse cuenta de que unos ojos le espiaban desde el otro lado de unos arbustos. Al cabo de unos momentos, el hombre salió de su escondite y se acerco a la araña.

Estuvo contemplándola durante unos minutos. Luego se puso unos guantes y metió el arácnido muerto dentro de un saquete. Ernie Mill se marchó de aquel lugar inmediatamente.

El cuerpo de Wilkins ya estaba en la furgoneta utilizada para llegar hasta las inmediaciones del pueblo, lo mismo que la motocicleta. Mill dejó el saco a un lado, se sentó tras el volante y encendió el motor.

* * *

Elspeth salió al encuentro de los recién llegados que aparecían sudorosos y con grandes muestras de fatiga.

—Señor Colman, mi padre quiere decirle algo, Es muy urgente...

—Ahora, no. Perdone. Elspeth, pero yo tengo que hacer algo mucho más urgente.

El joven corrió hacia el teléfono Los minutos que pasaron hasta que oyó la voz del sargento Harmel le parecieron siglos.

—Habrá encontrado algo, supongo —dijo el policía.

—Si, aunque no se lo figura. Se trata de un automóvil caído en un barranco. Conozco a la dueña y sé su dirección. Vaya a ver si está en su casa o qué ha sido de ella... porque temo que haya podido correr la misma suerte que Lya y Paulina.

—¡Rayos! —exclamó Harmel.

—Estaré en la posada. Llámeme en cuanto sepa algo.

—Descuide.

Auda puso una mano en el brazo del joven.

—Voy a mi cuarto; necesito darme un baño —dijo.

—Muy bien, yo hablaré con Harry mientras tanto

Sheard aguardaba a unos pasos de distancia. Colman sonrió.

—Dispense, Harry, pero no podía perder ni un segundo —se disculpó—. Elspeth, ¿quiere servimos cerveza?

—Sí, señor, al momento.

Colman señaló una mesa. Los dos hombres se sentaron frente a

frente. Sheard aguardó hasta tener la jarra.
—He pescado algo —dijo al fin.
—¿Otra mano? —sonrió Colman.
—¡Ojalá! La habría traído conmigo.
—Entonces, ¿qué ha pescado?
—No me lo creerá... Sheard vació la jarra y se la entregó a Elspeth —. Anda, hija, llénala otra vez: lo estoy necesitando.
—Harry, no tomará una gota más de cerveza si no me cuenta lo que ha pescado —dijo el joven, que empezaba a sentirse de mal humor por las continuas dilaciones del sujeto.
—Está bien. Pesque una araña así de grande... Sheard extendió las manos para dar una idea de las dimensiones de la bestia—. Estaba muerta, pero aún me revuelve el estómago cada vez que la recuerdo...
Colman pensó inmediatamente en Hannah Gladstone. Olvidando su cansancio, se puso en pie.
—Vamos a buscarla dijo.
—Espere. . Mi cerveza...
—A la vuelta decidió el joven inflexiblemente.
Pero no encontraron nada.
Cuando regresó, Auda salió de su habitación, anudándose la bata de baño.
—¿Qué quería el padre de Elspeth? —preguntó.
Colman subía despacio, agarrándose al pasamanos. Miró a la muchacha y se encogió de hombros.
—Seguramente, pensaba sacarme un par de libras —contestó—. Dijo que había pescado una araña como un perro pekinés, pero no encontramos nada.
—¿Crees que te engañó?
—Es posible..., aunque si vimos moscas y ciempiés gigantes. ¿por qué no también arañas?
—Quizá no estaba muerta y escapó —dijo Auda, estremeciéndose ante la idea de tropezarse con una bestia semejante.
—Por si acaso, esta noche dormiremos con la ventana y la puerta cerradas, y no sin antes registrar la habitación a fondo. Ahora voy a bañarme: estoy lo que se dice muerto.
Auda sonrió.
—Es sólo una frase. Yo te veo agradablemente vivo, Vic.
El joven sonrió también.
—Gracias, encanto.
Harmel llamó durante la cena.
—Eunice Boxton ha desaparecido —informó—. Hace tres dias que no se tienen noticias de ella. Sin embargo, hemos encontrado restos de un anónimo semejante a los que recibió Paulina Beresford.

—Lo cual confirma mi teoría. Eunice está en poder de Hegstrom.

—Si, pero, ¿dónde está él?

Mañana lo sabremos sin falta. Ah, dígale a Hannah que ha sido vista una araña del tamaño de un pekinés, pero que ha desaparecido. Le interesará, supongo.

—Se lo diré, descuide. Mientras tanto, yo voy a ver si consigo permiso de mis jefes para desplazarme hasta Dweetshire. Me costará mucho, supongo.

—Se lo concederán —auguró Colman—. El auto de Eunice está a unas nueve millas al Norte, en un barranco por el que corre el Dweetty. Puede verlo desde la carretera, porque aparté los ramajes que lo escondían.

—¿Y después? —preguntó Harmel.

—Habrá que continuar por la misma carretera, hasta dar con la guarida de Hegstrom respondió el joven.

CAPITULO XI

El puño de Hegstrom golpeó con violencia la mesa sobre la cual yacía la araña inmóvil.

—¿Cuándo? —exclamó exasperadamente. ¿Cuándo lograré dar con la solución final?

—No creo que falte ya mucho, profesor —dijo Mill—. Este bicho ha durado más que los otros...

—Pero ha muerto demasiado pronto. Tendría que haber vivido más, mucho más tiempo —Hegstrom describió un amplio semicírculo con el brazo—. Míralos a todos —añadió—. Crecen rápidamente, en un par de semanas como máximo, y el que más, dura otras dos semanas. ¿Qué demonios faltará en mi fórmula? Si supiera cómo encontrar el fallo, me haría inmensamente rico...

—Es cuestión de paciencia, señor —sonrió Mill—, Pero antes tenemos que ocuparnos de otras cosas. ¿Qué hago con el pobre Brod. profesor?

—Habrá que enterrarlo, claro.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Mill—. Pero usted tendrá que atender a la paciente. Está un poco rebelde.

Ya la calmaré, no te preocupes. Ernie, ¿cómo demonios pudo ser Wilkins tan estúpido para dejarse morder por la araña?

—Según lo vi yo, la moto se le cayó encima de las piernas, porque le falló el soporte. El suelo estaba muy blando y el no se dio cuenta. La caja cayó, porque ya estaba suelta, se abrió al golpe. Entonces, la araña salió y él no pudo defenderse, sujeto por el peso de la motocicleta.

Imbécil —mascullo Hegstrom—. Tendré que buscar otro procedimiento para deshacerme de ese maldito abogado. Está bien. Ernie, ocúpate de Wilkins, ¿quieres?

—Si, señor

Hegstrom se encaminó hacia una puerta que estaba situada al otro lado, mientras Mill salía por la opuesta. Hegstrom abrió y pasó a una estancia que olía de un modo peculiar, pero agradable.

—En cambio —murmuró—, tú vives desde hace meses y cada día pareces más grande. ¿Qué diferencia hay entre tú y los otros animales?

La cosa que estaba allí no respondió, lógicamente. Ni siquiera se movió, limitándose a mirar a Hegstrom con unos ojos que parecían de vidrio.

De pronto, abrió la boca y la lengua bífida asomó más de medio metro. Un fuerte silbido invadió la atmósfera y Hegstrom sonrió, complacido.

—Aún es pronto —dijo—. Todavía no es hora de comer, pequeña. Luego, luego...

Hegstrom cerró y se marchó. Lucra, en el jardín. Mill había empezado a cavar una tumba, evitando mirar el bulto monstruosamente hinchado que había debajo de una manta.

Cuando Hegstrom abrió la puerta, oyó un furioso grito de mujer:

—¡Sáqueme de aquí, miserable! ¿Qué le he hecho yo para que me encierro como si fuese una asesina?

Hegstrom sonrió.

—¿Qué me ha hecho? —remedó—. Le pedí ciento cincuenta mil libras y usted... Bueno me envió al infierno...

El infierno es poco. Si no estuviese atada, le iba a hacer saber a usted lo que es bueno —contestó Eunice Boxton, terriblemente exasperada—. Vamos, suélteme: le prometo no decir nada de lo que ha pasado aquí. Pero si no me suelta y consigo escaparme, va a lamentar toda su vida haberme conocido.

—Usted será la que sentirá no haber accedido a mis pre tensiones, mi querida señora Boxton—. Cuando salga de esta casa, porque saldrá, no le quepa duda, lamentará no haber pagado aunque fuese el doble de la suma que le pedí. En fin, usted tomó una decisión y no debe arrepentirse.

Eunice forcejeó por soltarse. Estaba en una habitación con una sencilla cama, atada a la pared por una cadena que iba a un recio cinturón de cuero que sujetaba su cintura. Manos y pies le quedaban libres, y hasta podía darse cortos paseos por la estancia, pero no llegar a la ventana que, por otra parte, estaba asegurada con sólidos barrotes. El cinturón, a su vez, estaba asegurado por una sólida cerradura, cuya llave quedaba en poder de Hegstrom.

—Le haré pagar caro esto que ha hecho conmigo —dijo Eunice—. Un día se arrepentirá...

—Palabras, palabras, palabras —se burló Hegstrom—. Bien, señora Boxton aquí le dejo su ración alimenticia por todo el día. A la noche volveré a conversar un rato con usted. Tenemos mucho de que hablar, de sus cuentas corrientes, de sus acciones y valores bancarios...

Eunice se cayó. La víspera, aquel hombre le había propinado una inyección que la había hecho dormir más de doce horas seguidas. Al despertar, se había sentido muy débil, pero recordó vagamente haber firmado algo. De pronto, se le ocurrió la idea de que pudiera haber firmado algún cheque en estado de hipnosis.

El vaso quedó sobre la mesa. Hegstrom se marchó sin añadir una sola palabra más. Eunice miró el contenido del vaso, amarillento, espeso. La alimentaba, no cabía duda, pero después le entraba una especie de sopor que la hacía sentirse insensible a cuanto la rodeaba.

De pronto, se le ocurrió una idea. La cadena estaba situada de tal modo, que podía entrar en el pequeño lavabo contiguo, pero no acercarse a la ventana. Agarró el vaso, entró en el lavabo, vació el contenido del recipiente y lo lavó con agua, de la que bebió después un par de sorbos. Al terminar, dejó caer el vaso sobre el propio lavabo.

El cristal se rompió en varios fragmentos. Bajó la vista hacia la cerradura de su cinturón. Estaba sujeta por pequeños pernos remachados... pero el cinturón no era de hierro, aunque su grosor fuese muy superior al normal. Cuidadosamente, cogió uno de los trozos de vidrio con los dedos y empezó a moverlo arriba y abajo, a fin de cortar el cuero.

Tenía más de un centímetro de espesor, pero pensó que le sobraba tiempo. Y no pensaba quedarse mano sobre mano, aguardando a que el diabólico Hegstrom efectuase en ella alguno do sus demenciales experimentos.

* * *

El camino, a veces, se alejaba mucho del Dweetty y, en ocasiones, corría a escasos metros del arroyo. Habían recorrí do ya diez millas desde el punto donde encontraron el coche de Eunice y todavía no habían hallado la menor señal de algún edificio donde pudiera esconderse el hombre al que buscaban.

—No puede estar ya muy lejos dijo Colman—. Las fuentes del Dweetty se encuentran a menos de tres millas y la mano de McLoo, por las razones que fuesen, cayó al agua y fue arrastrada por la corriente hasta el pueblo.

—Y Hegstrom necesita comida, además de materiales para su trabajo, lo cual significa que alguien tiene que traérselos, y no precisamente a pie. Por tanto, usarán algún vehículo, lo cual indica que hay un camino en alguna parte.

—Brillante deducción, muchacha y, más todavía: si no me equivoco, ahí tenemos el camino.

Colman frenó y señaló una especie de vereda que se separaba de la carretera y que resultaba muy difícil de ver, si no se ponía atención en el panorama. Incluso se había pasado algunos metros y tuvo que retroceder para situarse frente a la entrada.

—Es un camino muy poco usado —dijo él, mientras maniobraba para continuar en aquella nueva dirección—. Sin embargo, creo que esta vez, hemos conseguido nuestro objetivo.

Colman hizo que rodase el coche muy despacio, ya que no conocía el terreno en que se movía. El sendero estaba cubierto de hierbas y apenas si se notaban las señales de las rodadas. Metro a metro,

avanzaron entre la vegetación durante un buen rato. Casi de repente, desembocaron en un gran claro, situado en una depresión del terreno, en cuyo centro se veía una casa de indiscutible antigüedad.

Colman retrocedió con el coche, a fin de sustraerlo a la vista de los posibles moradores de la casa. Luego saltó al suelo y, con la muchacha a su lado, se acercó al borde del claro. Desde allí, observaron la casa

Era grande, pero de una sola planta y de traza muy alargada. Al final hacia la izquierda, se veía un sector completamente en ruinas.

—Sin duda, está abandonada desde hace muchos años, pero resultó ser el escondite ideal para Hegstrom —dijo.

No tanto, puesto que lo hemos encontrado —alegó Auda.

—Cierto —convino él—. Sin embargo, habría sido su escondite perfecto si no se hubiese dedicado a secuestrar damas para envejecerlas.

—Necesitaba el dinero para sus experimentos —le recordó la muchacha

—Inconvenientes de la pobreza —dijo Colman sarcásticamente.

Bien, ¿qué hacemos? ¿Asaltamos la fortaleza o nos volvemos para informar a la policía?

—Antes tendríamos que comprobar si él está aquí, efectivamente, ¿no te parece?

—Cruzando el claro desde este lugar, podríamos ser vistos, Vic.

—Entonces, ven.

Colman agarró la mano de la muchacha y tiró de ella para avanzar por entre la vegetación, hasta que consiguieron situarse ante una de las fachadas laterales, cuyas ventanas se veían cerradas y aseguradas con postigos cerrados

—Bien, vamos allá dijo, tras una profunda inspiración.

Echaron a correr. Había menos de cien metros y en pocos segundos alcanzaron la casa. Luego, paso a paso, se acerca ron a la esquina que daba a la fachada delantera.

Colman asomó la cabeza.

—No veo a nadie —manifestó.

—Debería haber mirado hacia aquí. Entonces si habría visto a alguien sonó inesperadamente una voz a espaldas de la pareja.

Anda lanzó un grito de susto. Colman se volvió.

El hombre que estaba en la otra esquina, apuntándole con una escopeta, era Hegstrom, sin iluda alguna. Lo presintió, aunque jamás le había visto hasta entonces.

CAPITULO XII

Era tal como lo había descrito Paulina Beresford. Pero, ¿por qué le brillaban los ojos de aquella manera? ¿Qué misterio hacia que pareciesen ascuas de carbón encendido?

Otro hombre se hizo visible. Hegstrom le entregó la escopeta.

—Vigílalos, Ernie —dijo—. Si ves que, sobre todo él, ha ce un gesto sospechoso, dispara a matar.

—Podría hacerlo ahora mismo gruñó Mill—, así nos libraríamos de preocupaciones...

—Antes quiero conseguir información —arguyó Hegstrom—. ¿Debo suponer que me encuentro ante el abogado Colman?

—Si, en efecto —confirmó el joven—. Y ella es la hija de su socio, el hombre al que usted asesinó a martillazos y luego despojó de toda su fortuna.

—Ah, la encantadora Auda. Su padre, señorita, me había hablado mucho de usted, pero ahora tengo la fortuna de comprobar que su belleza es infinitamente superior a cuanto conocía de oídas. No obstante, deploro que haya tenido que producirse este encuentro; para ustedes, sin duda, tendrá malas consecuencias.

—No consentiremos que nos haga el menor daño...

Colman extendió una mano para hacer callar a la muchacha. Auda podía cometer una imprudencia al sentirse irritada, y era algo que no les convenía en absoluto.

—Por favor, cálmate —rogó— Deja que hable yo con el profesor Hegstrom. Es decir, si no tiene inconveniente.

Hegstrom hizo una cortés reverencia.

—Al contrario, lo estoy deseando. ¿De qué quiere que hablemos?

—De un hombre llamado McLoo, por ejemplo.

—Ah, un entrometido... Tuvo la mala fortuna de tropezarse con «Cerberus», mi perro gigante. «Cerberus» poseía un apetito inagotable y... En fin, no quiero darles detalles morbosos de lo que hizo.

—Lo sabemos, profesor.

—¿De veras? —Hegstrom arqueó las cejas—. Los restos de ese curioso fueron incinerados...

—Excepto una mano, que fue a parar al Dweetty y que luego quedó enganchada en el anzuelo de un pescador.

—Comprendo. Entonces, se iniciaron las investigaciones. Pero ¿qué buscaba McLoo?

—Buscaba a mi padre, por encargo mío —explicó Auda.

—No lo encontró, supongo.

—Otros lo encontraron, profesor —dijo—. En el jardín de la casa

donde usted tenía un laboratorio, que abandonó, imaginamos, inmediatamente después de cometido el asesinato.

—Sí, es cierto —contestó Hegstrom pensativamente- . Aquel lugar ya no me convenía para mis experimentos. Demasiado cerca de la atmósfera de una gran ciudad. Aquí —hizo un amplio ademán—, el aire es infinitamente más puro...

—Usted quiere crear razas de animales gigantes para facilitar la alimentación de la Humanidad, ¿no es eso?

—Un fin nobilísimo, me parece.

—A costa de las vidas de algunos inocentes —dijo Auda, indignada.

—El progreso exige sacrificios, mi querida señorita —contestó Hegstrom cínicamente—. Sobre todo, cuando se trata de personas adineradas, cuya ausencia no va a ser llorada precisamente. Parásitos, con buenas cuentas corrientes, que serán mejor utilizadas en mis trabajos que en sus diversiones.

—Son formas de pensar —dijo Colman—. Lya Dumbarton y Paulina Beresford opinarían de otro modo, si pudieran hacerlo. ¿Cómo las envejeció? Sobre todo a la segunda, porque con la primera empicó la cirugía...

—¡Nada de cirugía! —protestó Hegstrom acaloradamente—. ¿Quién fue el asno que dijo una cosa semejante?

—Un especialista...

—¡Un burro! —calificó el sujeto con crudeza—. En ambos casos, utilicé mis propios métodos, entre los cuales el empleo del bisturí queda totalmente excluido.

—Pero, ¿por qué envejecerlas? —preguntó Auda.

—Se necesita algún tiempo para vaciar sus arcas.

—Ah, claro, debe hacerse sin que nadie sospeche...

—Exactamente.

—Paulina Beresford murió de vieja -volvió a hablar Colman.

—Era la suerte que le aguardaba —contestó Hegstrom con absoluta frialdad—. Le hubiera pasado lo mismo dentro de sesenta años, sólo que yo aceleró sus procesos vitales. En cuatro semanas, le hice recorrer esas seis décadas...

—¡Basta, basta! —cortó Auda horrorizada—. Es usted un miserable asesino, un ser carente de conciencia, pese a rodo lo que pueda alegar en favor de la ciencia. Un verdadero científico no cometería tan espantosos crímenes jamás, ¿me oye?

—Otros científicos inventaron la bomba atómica. Mataron a miles de personas, a las que no habían visto jamás, pero esas muertes sirvieron para el progreso. Es algo inevitable, mi apreciada señorita Tewell.

—Sin embargo, los animales con los que experimenta, mueren muy

pronto —observó Colman— parece ser que ese anormal crecimiento no permite una existencia demasiado prolongada.

—Es cuestión de seguir experimentando, día a día, hasta lograr los resultados apetecidos. Y lo conseguiré, no les quepa la menor duda —respondió Hegstrom—. Pero vengan conmigo, por favor; quiero enseñarles algo que les va a sorprender extraordinariamente.

Al mismo tiempo que hablaba, movía la mano en ademán de invitación Colman dudó, pero Mill le encañonó con la escopeta y se dijo que no tenía otro remedio que obedecer.

—¿Cómo ha sabido que veníamos? —preguntó—. No creo que nos haya visto...

—La casa está rodeada por un sistema de alarma. Ustedes rozaron el alambre que activa esa alarma —contestó Hegstrom.

Dieron la vuelta al edificio y entonces vieron un invernadero acristalado, en el cual penetraron sin más. Entonces, Colman vio algo que le hizo dudar de sus sentidos.

* * *

Las espigas de trigo tenían cuatro metros de altura, por lo menos, y cada grano era como el puño de un ser humano. Había asimismo cebada y avena, también de tipo gigante, y unas coles enormes, que parecían pinos. Colman divisó asimismo unos tomates de tamaño doble que su cabeza y unas lechugas tan gruesas, que dudó que pudiera abarcarlas con los brazos.

Hegstrom arrancó un grano de trigo.

—Pero tiene muy poca harina —dijo, deshaciéndolo con los dedos —. Aunque, en comparación con los primeros, ya tiene tres veces más cantidad de harina que un grano corriente.

Colman arrancó otro grano y encontró que apenas pesaba. Hannah, se dijo, tenía razón. Sin embargo, Hegstrom, un día, culminaría sus experimentos y conseguiría granos gigantes, compactos, con una enorme cantidad de harina... pero también arrasadores del suelo, que quedaría inútil para el cultivo durante muchísimos años, lo cual no resultarla precisamente una ventaja.

—Ya han visto bastante —dijo Hegstrom—, Ahora, continuemos.

El invernadero comunicaba directamente con la casa. Hegstrom empujó otra puerta y entraron en una enorme habitación en la que se veían un gran número de jaulas.

Auda cerró los ojos para no contemplar aquel horroroso espectáculo. Había arañas gigantescas, moscas aún mayores que las que habían visto en el otro laboratorio abandonado, ciempiés, abejas

y algunas gallinas que parecían avestruces. Una de las gallinas, sin embargo, aparecía caída en el suelo de su jaula.

—Está muerta, el tratamiento no dio resultado con ella —dijo Hegstrom.

Colman miró de reojo. Mill estaba continuamente tras él, sin quitar el dedo de los galillos. Pero se descuidaría, en alguna ocasión, pensó, y entonces...

De pronto, sonó un atronador alarido.

Auda volvió la cabeza y retrocedió. La jaula era enorme y en ella se movía un perro pekinés del tamaño de un ternero.

Hegstrom se echó a reír.

—Tendrían que haber visto a «Cerberus». Era perro lobo y creció tanto como un caballo. Sin embargo, era muy manso... salvo con los extraños, naturalmente.

Colman se puso rígido.

—Profesor, acabemos de una vez —exclamó—. ¿Qué piensa hacer con nosotros?

Hegstrom le miró de lado unos instantes. Colman estudió sus ojos. Sí, ahora lo veía claramente: el brillo de sus pupilas se debía a que usaba lentillas, en lugar de gafas. Antes era calvo y ahora tenía una cabellera abundante. Iba afeitado y ahora usaba barba de collar. Su aspecto cambiaba radical mente. Debía de usar peluca, se dijo.

Hubo unos segundos de intenso silencio. Luego. Hegstrom, con gran lentitud, dio una respuesta aterradora:

—Haré experimentos con ustedes. Hasta ahora, he investigado los procedimientos de crecimiento con animales y vegetales. Ustedes tendrán el privilegio de ser las primeras personas que se sometan a mi tratamiento.

Auda oyó aquellas palabras y creyó que iba a desmayarse. Ya se veía a sí misma, con seis o siete metros de altura, una mujer gigante de cuento de hadas, pero con existencia real... y sufrimientos tal vez imposibles de describir.

—Sí —sonrió Hegstrom. gozándose con el miedo que aparecía en los ojos de los dos jóvenes—. Ustedes serán gigantes y hasta es posible que ensaye experimentos de reproducción, a fin de saber cómo nacen sus descendientes. ¿No les parece que será una gloriosa contribución a la ciencia?

Colman no sabía qué contestar. Aquel individuo, sin duda, estaba loco, absolutamente demente, pensó.

* * *

Hizo el último esfuerzo y luego, lanzando el cristal a un lado, agarró el cinturón con ambas manos. Crujió el cuero y sus labios se ensancharon en una sonrisa de satisfacción.

—Ahora vas a saber quién soy yo —dijo Eunice a media voz.

Miró a su alrededor. Había una silla y la tanteó. Era de madera vieja: no le costó demasiado arrancar una pata. Era la única arma de que podía disponer, pero se sentía así más segura que si sólo hubiese podido contar con las manos desnudas.

Avanzó hacia la puerta. Hegstrom estaba muy seguro de la cadena y el cinturón, porque no la había cerrado con llave. Abrió muy despacio, sólo una rendija y así escuchó las últimas palabras del sujeto.

Enormemente asombrada. Eunice reconoció a Colman. ¿Qué hacía allí el joven, en compañía de una hermosa mu chacha a la que no había visto hasta entonces?

Pero se hallaban en un apuro, pensó, y debía ayudarles.

Mili estaba más cerca, con la escopeta terciada. Si lograba desarmarle de un buen porrazo...

Repentinamente, se oyó ruido de motores en el exterior.

Mill, alarmado, volvió la cabeza hacia la ventana próxima.

—¡Viene gente! ¡Dos coches, profesor!

Eunice terminó de abrir, saltó hacia adelante y golpeó una de las manos de Mill, quien soltó el arma, lanzando un grito de dolor. Colman, sorprendido, tardó algunos segundos en reaccionar.

Hegstrom fue más rápido, comprendiendo que sólo podría encontrar su salvación en la huida. Atravesó el laboratorio a grandes zancadas, abrió una puerta y desapareció al otro lado.

Cerró con doble vuelta de llave y apoyó el oído en la madera, escuchando con ansiedad. La puerta era muy recia: le daría tiempo a escapar...

En aquel momento. Harmel, seguido por unos cuantos hombres de uniforme, entraba en la casa.

—¡Por allí! gritó Colman, señalando la puerta hacia la cual había corrido Hegstrom.

—Vamos —ordenó el sargento.

En aquel instante, Hegstrom notó una presencia a sus espaldas. Antes de que pudiera apercibirse de lo que sucedía, se sintió rodeado por una masa cilíndrica de carne, que dio varias vueltas en torno a su cuerpo.

La serpiente pilón apretó sus anillos. Hegstrom lanzó un horripílame alarido.

La sangre corrió por su mentón. Braceó frenéticamente, intentando librarse de la espantosa presión a que estaba sometido, pero todo fue inútil.

La cabeza del reptil se alzaba a un par de metros por encima de la suya. Lentamente, bajó y su enorme boca/a se abrió. Hegstrom alzó los ojos unos instantes y presintió su fin.

Empezó a gritar, pero su cabeza y sus hombros desaparecieron en las fauces de la pitón. Le pareció que entraba en un túnel de carne ardiente, hacia el cual era arrastrado irremisiblemente. Pataleó con furia pero sus movimientos apenas afectaban al reptil, que continuó su operación, moviendo rítmicamente las fauces, al fin de facilitar la deglución de su presa.

Los policías cargaron contra la puerta pero esta resistió sus esfuerzos. Colman encontró la solución.

—Use esto, sargento —dijo, entregándole la escopeta de que había sido despojado Mill.

Harmel asintió. Sus hombres retrocedieron y él descargó los dos cañones del arma desde un metro de distancia. La cerradura y un buen trozo de madera volaron en el acto.

Inmediatamente, Harmel empujó la puerta, pero se detuvo horripilado apenas había dado un par de pasos en el interior de la otra estancia.

—¡Bondad divina! —exclamó.

Colman se asomó y vio a la gigantesca pitón, que media lo menos quince metros, con la boca abierta, por la cual asomaban aún las piernas de Hegstrom. Era imposible no ver los movimientos de deglución de la bestia; a cada momento, el cuerpo de Hegstrom avanzaba un poco más en el interior de la serpiente.

Hannah llegó corriendo, vio la escena y se puso pálida.

—Septimus, hay que hacer algo —exclamó.

—Mataremos a la serpiente. Aún podemos salvarle...

—Es inútil —contradijo Hannah —. Primeramente, el reptil lo habrá aplastado con sus anillos. Si vivía aún, ya ha muerto sofocado dentro de la pitón.

Auda oyó aquellas palabras y, aunque no había visto nada, retrocedió tambaleándose, presa de un horror insoportable. Eunice salió con ella, ambas acompañadas por un par de policías.

Harmel se encaro don Mill.

—Tiene mucho que contarnos —dijo severamente.

—Si, señor —contestó el sujeto, abatido por completo.

Hannah miró a su alrededor.

—Hay aquí mucha materia de estudio —dijo—. Algunos de los experimentos de Hegstrom podían ser utilizados algún día. Beneficiosamente, por supuesto.

—Te lo regalo todo —contestó Harmel desdeñosamente.

* * *

Un par de hombres, vestidos con batas blancas, salieron de la casa, portadores de una camilla en la que se veía un bulto cubierto por una sábana. Detrás de ellos, aparecieron algunos policías. Uno tenía la cara sin color y se apoyó en la pared para vomitar.
Hannah salió un poco más tarde.
—No ha sido una operación agradable —dijo.
Colman se imaginó lo ocurrido. La serpiente, una vez muerta, había sido abierta, para extraer el cadáver de Hegstrom.
Harmel vino ton una botella y algunos vasos.
—Esto les reconfortará, señoras —sonrió.
Colman se volvió hacia Eunice.
—Te tenía prisionera y pudiste escapar. ¿Cómo fue posible?
Ella sonrió.
—Cuando es necesario, saco mi genio a relucir —contestó—. No pensaba dejarme matar como una ovejita.
—Habría hecho infinitamente peor —aseguró Colman—. Pero va te lo contaremos en otro momento...
De pronto, vio algo que brillaba sobre la hierba y se agachó a recogerlo. La lentilla era de color rosado fuerte.
—¿Por qué este color. Hannah? —preguntó a la doctora.
Hannah la examinó un momento, colocándola al trasluz.
—El color rojo está sólo por fuera, como los espejos que permiten ver desde uno de sus lados. Por lo visto, le gustaba impresionar a la gente con sus pupilas como brasas.
Colman asintió. Luego se enfrentó con Auda.
—Creo que es hora de que regresemos —propuso.
La muchacha asintió
—Me costará mucho olvidar todo lo que he visto aquí —respondió.
Colman la agarró por un brazo y, suavemente, la empujó hacia el coche.
—Puedo ayudarte a olvidar, si me lo permites —dijo.
—En determinados casos, la ayuda es siempre bien recibida —sonrió ella.
Colman abrió la portezuela para que Auda se acomodase en el coche. Cuando se sentó tras el volante, contempló la casa durante unos segundos.
—Anda, ¿qué habríamos hecho si Hegstrom hubiese con seguido transformarnos en unos gigantes?
—Hubiera sido horrible — contestó ella—. Creo que yo me habría muerto de miedo, sólo de verme retratada en algún espejo... gigante.
—Pero ya no hay motivos para sentir temor —aseguró el joven—. Estamos más allá del miedo. Ya ha acabado definitivamente para nosotros.
Accionó el arranque, Lo que ahora iba a empezar para ellos era algo

muy distinto del miedo.

F I N

